

LA REVISTA

LOTERIA

1957

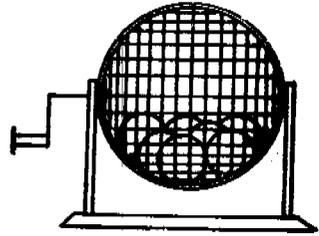


NUESTRA PORTADA:

PORTADAS DE LA REVISTA "LOTERIA" EN 1957.

- Nº 14, Enero, portadas de la revista "Lotería" de 1955 a 1956. Composición artística de Virgilio Codeño.
- Nº 15, Febrero, señorita Analida Alfaro, "Reina Continental del Café". Fotografía de Marcelo Narbona.
- Nº 17, Abril, cabeza del Cristo de la Expiración de Triana, Sevilla, llamado "El Cachorro".
- Nº 18, Mayo, fachada del edificio de la Lotería Nacional de Beneficencia, en la ciudad de Panamá.
- Nº 19, Junio, fotografía del Excmo. señor Presidente de la República, don Ernesto de la Guardia Jr.
- Nº 16, Marzo, como cruzan las naves el Canal de Panamá.
- Nº 20, Julio, don Francisco Arias Paredes, dibujo del artista Reinaldo de Pool.
- Nº 21, Agosto, busto en bronce de don José Gabriel Duque, obra del escultor italiano Angliolo Vannetti.
- Nº 22, Septiembre, don Manuel Espinosa Batista, fotografía de don Carlos Endara.
- Nº 23, Octubre, fotografía del Excmo. señor Presidente de la República, don Ernesto de la Guardia Jr.
- Nº 24, Noviembre, los símbolos de la Patria: escudo, bandera e himno. Dibujo de Reinaldo de Pool.
- Nº 25, Diciembre, fotografía de la Excelentísima señora doña Mercedes Galindo de de la Guardia, esposa del Excmo. señor Presidente de la República, Presidenta de la Cruz Roja Nacional y Presidenta del Patronato de la Lucha contra el polio.

LOTERIA



II EPOCA • PANAMA, R. DE P., ENERO DE 1958 • Nº 26

<i>Editoriales:</i>	<i>Páginas</i>
Carácter panameño del problema de salud pública, por C. E. M.	3
La Constituyente de 1904 y su obra, por D. H. T.	6
LA PERSONALIDAD de don Ricardo M. Arias E., por Carlos Alberto Mendoza (Panameño)	8
CENTENARIOS DE Panameños ilustres: Emilio Briceño, Orondaste L. Martínez, Santiago de la Guardia, Carlos Clement, Eduardo Icaza, Ezequiel Villamil, Rodolfo Aguilera, Federico Barrera y Víctor Dubarry, por Juan Antonio Susto (Panameño)	14
EN EL CENTENARIO del poeta y periodista Emlito Briceño Arosemena (1858-1894), por Concha Peña (Panameña)	17
EN EL CENTENARIO del nacimiento del General y prócer Orondaste Luciano Martínez (1858-1915), por Concha Peña (Panameña)	28
COLABORADORES DE "Lotería" en 1957 (55 fotografías)	34
EN EL SEGUNDO milenio de la muerte de Cicerón.—43 A. de J.—157 A. D., por Tomás Arias (Panameño)	39
LOS MUSEOS y la comunidad, por Reina Torres de Iannello (Panameña)	45
DESASOSIEGO (cuento mexicano) por Jorge Turner (Panameño)	49
CUENTO de Lotería (versos), por Elías Alain A. (Panameño)	57
A LOS 54 años de la instalación de la Convención Nacional Constituyente (15 de Enero de 1904), por J. A. S.	59
"EL FARALLON" por Olmedo Guillén	61
Susto ascendido a Comendador (fotografía)	63
Plaza Pública, por Juan del Istmo— (24 de Enero de 1958)	63
EXPLORACIONES A LOS ISTMOS DE PANAMA Y DE DARIEN EN LOS AÑOS DE 1876, 1877 y 1878, por Armando Reclus (Francés):	
Capítulo XXXVII	260
Capítulo XXXVIII	272
Capítulo XXXIX	286
PORTADA: Las portadas de la revista "Lotería" en el año de 1957. Números favorecidos por la suerte en el año de 1957 (tercera página de la contraportada). Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia (cuarta página de contraportada). Administración de la Lotería Nacional de Beneficencia	2

Toda la correspondencia dirijase a: Lotería Nacional de Beneficencia.
Apartado 21. Panamá, República de Panamá.

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

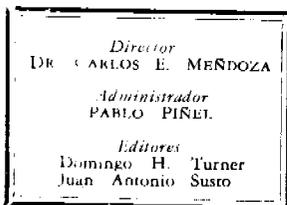
DR. CARLOS E. MENDOZA
Gerente

LIC. AGUSTIN FERRARI
Sub-Gerente

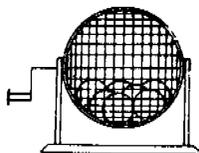
HERACLIO CHANDECK
Jeje de Contabilidad

GILBERTO MEDINA
Tesorero

PABLO A. PINEL
Secretario



LOTERIA



ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

II EPOCA

PANAMA, R. DE P., ENERO DE 1958

Nº 26

EDITORIALES:

Carácter Panameño

Del Problema De Salud Pública

Algunos problemas del Estado, como el de Salud Pública, tienen en Panamá carácter especial y, en consecuencia, todos los problemas de esos casos deben ser considerados de acuerdo con ese carácter particular y encontrar la solución dentro del mismo. Esta particularidad debe obligar, a veces, a seguir un sendero propio, si es necesario apartado de las tendencias en otros países, para poder luego, ya alcanzados ciertos puntos básicos, adoptar medidas y criterios internacionales.

Uno de esos casos es, por ejemplo, el de la Salud Pública, como ya hemos dicho. La tendencia general en el mundo, en la hora presente, es la de que los Estados hagan hincapié en los medios preventivos contra las enfermedades epidémicas y endémicas, (Medicina Preventiva), aún a costo de contratiempos, sacrificios y merma de los aportes estatales a los servicios médicos curativos y urgentes, (Medicina Clínica o Curativa), para la comunidad, en aras de los resultados finales. Así se tiene que en otros países los presupuestos

del Estado y sus dependencias hacen hincapié en esta tendencia mundial hacia la Medicina Preventiva, concediéndole sus mejores renglones. Pero ello es posible sin graves trastornos para la salud del pueblo, porque allí los servicios médicos clínicos y quirúrgicos, debido a la grandeza del país y a los ingentes recursos con que cuenta, están en la mayoría de los casos en manos de entidades privadas o auspiciados por organizaciones de beneficencia que no pertenecen al Estado. Esto es lo que ocurre, para citar ejemplos cercanos de nuestro continente, en México y Cuba, donde muchos de los más importantes centros de medicina curativa y servicios médicos urgentes son mantenidos con fondos extraoficiales y en donde hasta las colonias extranjeras, numerosas y ricas, poseen sus propios hospitales, dispensarios y farmacias, como el famoso Centro Gallego de La Habana, el Hospital Español o el Francés de México, etc.

En Panamá no existen aún, ni existirán por mucho tiempo, grupos sociales o instituciones benéficas privados lo suficientemente ricos como para poder sostener por cuenta propia los costosos servicios médicos que el pueblo necesita y demanda. Y, por otra parte, los recursos del Estado no son lo bastante adecuados como para realizar simultáneamente enérgicas campañas de medicina preventiva y sostener la medicina clínica o curativa de acuerdo con las exigencias populares. Nosotros creemos que, en nuestro caso, no debe prevalecer la medicina preventiva sobre la medicina clínica, sin que ello indique que somos contrarios a las razones que favorecen la medicina preventiva, a ambas por igual se les debe dar prioridad sobre muchos otros servicios del Estado. Por poner los ojos en el futuro no dejemos de mirar el presente y las urgencias inmediatas. Más tarde, cuando ya Panamá inicie el desarrollo de nuevas fuentes de riqueza, los recursos oficiales aumenten y, o, debido al mejoramiento del nivel de vida del pueblo, se pueda ir confiando la medicina clínica a entidades fuera del Estado, entonces será posible e indicado dar a la medicina

preventiva la primacía que por sí se merece.

En el fondo, existe un problema psicológico. Nuestro pueblo, fuera del hecho de que realmente necesita la ayuda oficial en esta materia vital y apremiante, no puede comprender de inmediato una política de salud pública que lo rebasa y lo deja menesteroso, sacrificándolo en aras del progreso ulterior y general de las próximas generaciones. Nuestro pueblo, en efecto, no tiene la educación requerida —e indudablemente no tiene los medios económicos— para hacerle frente por sí solo a sus necesidades de medicina clínica (o curativa). Nuestro pueblo ahora no puede ver las hoy intangibles bondades de la medicina preventiva que serán una beneficiosa realidad mañana y sólo siente, aprecia y reclama la mano que le da el remedio de sus penas físicas inmediatas.

El mismo Informe Falk, donde la medicina preventiva se encuentra exaltada y recomendada, reconoce esta realidad psicológica. Y nosotros, conformes en la teoría con el criterio que la respalda, no podemos combatir la medicina preventiva, sino apenas opinar que el Estado en su aplicación no debe sacrificar parte del apoyo que hasta aquí ha destinado a la medicina curativa; para ello se debe esperar tiempos mejores, no lejanos, cuando el Estado cuente con mayores recursos y los del pueblo —en educación y medios económicos— no sean los exiguos e ineficaces de hoy.

C. E. M.

La Constituyente de 1904 y su Obra

Una Convención Nacional Constituyente de miembros designados por el Gobierno con el asentimiento del pueblo panameño, declarado en votación pública, y constituida en forma paritaria de liberales y conservadores, tuvo el encargo de redactar la primera Carta Fundamental de la República. Esta obra epónima se realizó durante un mes, de mediados de enero a mediados de febrero de 1904.

Ese documento humano, como todos los vigentes a fines del siglo pasado, y que recibieron su inspiración de lo estatuido por prohombres de las dos grandes revoluciones del siglo XVIII, la Americana y la Francesa, fue un instrumento meramente político, afirmativo de los derechos del hombre y tutelador de la libertad, aunque algo descuidado, pero ¡cosas fueron del tiempo y no de España! de las garantías que eran indispensables para que aquellos derechos fuesen efectivos y no virtuales.

Todas las constituciones de la época, calcadas las unas de las otras, ofrecían la característica anotada, y a fe que, durante el distendido lapso del predominio de las ideas liberales en el mundo, llenaron un cometido superior, afianzando conquistas que servirían de base luego a los postulados propios de este siglo, los que hubieron de menester del derramamiento de océanos de sangre y la destrucción de montañas de riqueza para medio entronizarse en la cúspide del poder público y desde allí derramar las bendiciones de una distribución más justa de los haberes económicos y de una dotación más conveniente de medios propios al bienestar social.

La Constitución de 1904 fue una de tipo flexible, que sufrió modificaciones cónsonas con las deficiencias inherentes a la obra humana y a las necesidades impuestas por el constante devenir de los tiempos. Tuvo una vida de cerca de media centuria y ya, al cabo de ésta, víctima del impacto de la primera guerra mundial y de la influencia de la Carta germánica de Weimar, que siguió a aquélla, sucumbió, y fue sucedida por el Acto otorgado de 1941. Pese a su origen espurio y a la presencia en él de algunas cláusulas dictatoriales, este instrumento vino, por primera vez en la historia de nuestras instituciones, a sentar pautas económicas y sociales, que, superadas en el Estatuto progresista de 1946, han dado un respiro a las masas populares y abierto las puertas a su redención por medio del trabajo y la práctica constante de las virtudes mayores.

¡Loor a los Convencionales de 1904 y a su obra! ¡Paz y trabajo y justicia para los hombres de hoy!

D. H. T.

La Personalidad de Don Ricardo M. Arias E.

Por CARLOS ALBERTO MENDOZA

(Panameño)

El comienzo del año marca en Panamá el principio del verano. Las lluvias se hacen escasas para luego dejar de caer por completo y sólo la belleza indescriptible de las lunas de enero rompe la monotonía de una naturaleza que parece haber perdido su encanto y fecundidad. Una especie de sopor se apodera del país durante los meses de Estío y aún la vida pública misma, salvo en años de elecciones, asume un nuevo paso caracterizado por el reposo y la lentitud.

Nadie se hubiera imaginado el 1º de Enero de 1955 que la República entera muy pronto habría de verse envuelta en una de las más serias crisis políticas de su historia. Habría paz, tranquilidad y progreso. Para sorpresa de aún los que mejor le conocían, José Antonio Remón resultó ser un estadista de extraordinario sentido común. En su administración predominaron la honestidad y la moderación. Llega el 2 de Enero, sin embargo, y entre el fuego de ametralladora y el correr de sangre inocente, desaparece el Primer Mandatario y se mancilla, acaso para siempre, el honor de la Nación. El pueblo se mantiene en calma, pero es más bien el tipo de calma que precede a la tempestad.

No acaba Panamá de reponerse del primer golpe, cuando un abogado local, después de confesar ser el causante de la muerte del Coronel Remón, en forma enfática declara que uno de sus cómplices ha sido el Primer Vice-Presidente de la República. La atmósfera se llena de horror y de pánico. Recuerdo vívidamente haberme preguntado una y otra vez, como tantos otros a raíz de estos sucesos, si por ventura no estábamos presenciando el principio del fin de la República.

De tal confusión e incertidumbre, sin embargo, surge un hombre de nervios y voluntad de acero quien, con extraordinaria paciencia y superlativa habilidad, salva a Panamá de las garras mismas del caos. Se trata de un hombre alto y fornido, de voz profunda y sonora, cuyo ceño adusto no logra ocultar su juventud. Este hombre capaz y dedicado es Ricardo Manuel Arias Espinosa.



S. E. DON RICARDO MANUEL ARIAS ESPINOSA,
Ex-Presidente de la República de Panamá, actual Embajador de Panamá
en los Estados Unidos de Norteamérica.

En él se enlazan y complementan armónicamente la vida familiar y la política. En realidad, parte de su éxito en la última hay que encontrarlo en la solidez de la primera. Ricardo Arias el estadista es también el esposo modelo y el padre amantísimo. Y si en la vida pública ha llegado a los más altos cargos merecidamente, en lo privado, en lo íntimo del hogar, donde los lazos son de corazón a corazón, Ricardo Arias puede también ser presentado como modelo.

En lo político, Ricardo Arias es heredero de una tradición política que comienza a mediados del siglo diez y nueve, se convierte en potencia arrolladora a principios del siglo veinte y llega a su madurez filosófica en la tercera y cuarta décadas de la presente centuria. Sus orígenes hay que buscarlos en el impacto de la Revolución Francesa y del liberalismo clásico sobre aquella clase media panameña que empieza a surgir en las ciudades, cada día con más pujanza, por entre las ruinas de los conflictos civiles que corroen la entraña misma de la nacionalidad durante todo el siglo diez y nueve. Esta tendencia encuentra su primer paladín en el General Buena-ventura Correoso y se apodera de Santa Ana y el arrabal para llegar a las alturas del Capitolio con Carlos Antonio Mendoza. Muerto Mendoza y dispersas sus huestes, este tipo de liberalismo no tarda en hacerse sentir nuevamente, gracias a la influencia que ejerciera uno de sus más cercanos colaboradores, el Dr. Francisco Filós Padre, sobre el entonces joven político Francisco Arias Paredes. Arias Paredes recoge la vieja tradición, la purifica y refina y de sus esfuerzos surge, en la década del treinta, el Partido Liberal Renovador, como el paladín más auténtico de la justicia social en Panamá. La muerte repentina de Arias Paredes trae, casi como consecuencia lógica, la derrota electoral del año 48. Quienes creyeron, sin embargo, que esto marcaba el principio de la completa desaparición de sus ideales políticos, muy equivocados estaban. Había una generación, posterior a la de Francisco Arias Paredes, lista para recoger su bandera de renovación y reforma. Es con el surgir de este grupo de hombres jóvenes que se hace a la vida pública panameña, para dejar sus primeras huellas imborrables. Ricardo Manuel Arias Espinosa, el hijo de Arias Paredes y el heredero de su honra y de su fama.

Don Ricardo Arias tiene una sólida preparación intelectual, adquirida sobre todo en la brega de la vida pública. Posee, además, una extraordinaria capacidad para el trabajo. Es un hombre de acción más que filósofo o pensador sistemático. No posee, por tanto, aquel refinamiento intelectual tan característico de Pablo Arosemena y Eusebio Morales.

A pesar de su juventud, Don Ricardo Arias conoce la realidad política panameña como muy pocos. Le apasiona la historia política de la República, aquella historia que por lo general elude las meras cronologías que entre nosotros pasan por libros de Historia Patria. Conversando con él se descubre la extensión y la solidez de sus conocimientos, lo mismo que la madurez cerebral del estadista. Y es que Arias Espinosa, como Pablo Arosemena, es un gran conversador. Los que han tenido el privilegio de oírle hablar de política por horas enteras con los ojos centelleantes, la voz apasionada, el cuerpo erguido y el gesto enérgico, transmitiendo en forma casi carismática su entusiasmo a los que le rodean, difícilmente podrían olvidarlo.

El que observa y analiza imparcial y detenidamente la personalidad política de Arias Espinosa descubre en ella dos características principales: la habilidad y la lealtad. Este hombre público nuestro ha demostrado ser uno de los políticos más hábiles que ha conocido Panamá en los últimos tiempos. Su habilidad ha sido, sin embargo, tan sólo un medio, siempre sujeto al control de principios ideológicos rigurosos que no le permiten el uso de capacidades innatas para beneficio personal o para promover fines inconfesables. Ricardo Arias se encargó de la Presidencia de la República comprendiendo claramente, como ya lo dijera en su discurso de toma de posesión, que no era su futuro político lo que estaba en juego, sino el futuro mismo de la Patria. Ningún Presidente ha tenido que enfrentarse a circunstancias más extraordinarias. El asesinato de Remón fué mucho más que el asesinato de un hombre. Como lo dijera el mismo Don Ricardo Arias en uno de sus discursos en Marzo de 1955: "El asesinato del Presidente Remón ha sido un ataque a todas las instituciones del Estado". Como consecuencia, debilitada quedó la nación en su pujanza moral y cívica, "como una latente amenaza... pesando de modo constante y ominoso sobre todos los representantes del poder público".

Fue, por tanto, deber primordialísimo de la Administración de Don Ricardo Arias restablecer la paz y la tranquilidad y restaurar el prestigio que las instituciones gubernamentales habían perdido, con motivo de las acusaciones contra el Primer Vice-Presidente de la República. Los enemigos políticos del Señor Arias Espinosa hicieron todo lo posible por provocar el caos. Nunca en la historia de la República, ni siquiera en las violentísimas campañas de los años 12 y 16, se profirieron desde la plaza pública insultos tan torpes y tan vulgares como los que la oposición usara contra el Presidente Arias E. y nunca, duele decirlo, dadas las circunstancias de crisis existente, se había comportado una oposición política en forma

tan irresponsable y tan falta de programa. Por fortuna para la Patria, los ataques contra el Presidente Arias carecieron, en todo momento, de base popular. Y es que su Administración, como él mismo lo había prometido, se caracterizó por un "leal desvelo por el bienestar del pueblo, el amor por la justicia y el respeto más profundo por la Constitución y las Leyes de la República".

Más aún, durante el período de gobierno de Arias Espinosa se robusteció, como nunca antes, la conciencia internacionalista en Panamá. Fué él la fuerza motriz de la histórica conferencia de los Jefes de Estado de las Repúblicas Americanas en el claustro secular de la primera Reunión de Panamá.

Cuando Don Ricardo Arias entregó el mando el 1º de Octubre de 1956, Panamá estaba encauzada nuevamente y con firmeza por las sendas de la paz, del progreso y de la justicia social. La confianza popular en la Administración Pública había sido reafirmada. La República, bajo la dirección del Presidente Arias, había luchado contra las fuerzas de la desintegración y del caos y surgido revitalizada y victoriosa.

Me parece, sin embargo, que el fundamento del cariño que por Ricardo Arias sienten sus amigos y el respeto que le tienen, hay que admitirlo, aún sus enemigos, es preciso buscarlo en la más preciada de sus virtudes: la lealtad. Arias Espinosa posee en grado eminente aquella cualidad que Eusebio Morales otrora describiera como "lealtad absoluta para con sus amigos; lealtad para con su partido; lealtad para con la Patria". En efecto, encuentra uno en el ex-Presidente Arias una jerarquía de valores que comienza en el culto de la amistad hasta remontarse al culto de la Patria. Dicha jerarquía descansa en una concepción individualista del mérito de cada cual sin distinción de sexo, raza, condición social o religión. La única aristocracia que conoce y que protege es la que Pablo Arosemena apellidara aristocracia del talento. La vigencia contemporánea de este punto de vista le viene, sobre todo, de su concepción dinámica del papel del Estado, convertido ahora en poderoso instrumento de justicia social, ya por medio del planeamiento económico, ya por los impuestos progresivos sobre la renta, ya por la destrucción o el control de los monopolios. El Estado se echa encima la enorme responsabilidad de combatir activamente el desempleo y distribuir más equitativamente la riqueza, plenamente consciente de que sólo un nivel de vida en armonía con la dignidad humana para todos y cada uno de los ciudadanos, garantiza la vigencia de la estructura constitucional-democrática y la realización completa de los ideales de 1789, tan mancillados en las sociedades burguesas occidentales de fines de siglo.

Su bagaje ideológico ha hecho de Arias Espinosa un hombre de combate. La arrogancia, sin embargo, jamás ha encontrado cabida en su espíritu. Porque respeta la opinión ajena y sabe revestirse de una santa paciencia, sus enemigos a veces lo han tachado de débil. Pero, se atreverían a afirmar lo mismo ante el espectáculo de Arias Espinosa, prácticamente solo, consolidando en todo el país, en período de grave crisis, la ley, el orden y la libertad? Osarían abrir siquiera los labios cuando Arias Espinosa, sin rencor pero sí con firmeza y energía, se dirigió a la nación más poderosa de la tierra en estos términos: "Parece ser verdad dolorosa para Panamá que la tarea de velar por el fiel cumplimiento de lo pactado en favor de nuestra República resulta en algunas ocasiones más difícil y más ardua que la tarea de lograr la concertación de tales pactos"? Los ejemplos podrían multiplicarse casi *ad infinitum*. Es claro, pues, que Arias Espinosa está en un plano muy superior al de sus detractores.

Ricardo Manuel Arias Espinosa es ya parte de la historia panameña. La República conoce su talla y su patriotismo y tiene la convicción de que sus energías y su talento estarán siempre al servicio de los cuadros y las estrellas de la Patria.

Carlos Alberto Mendoza. Nació en Panamá el 27 de Noviembre de 1933. Estudios: Colegio La Salle, Panamá (primaria y secundaria. Licenciado de la Universidad de Harvard y en la actualidad hace estudios avanzados en la Universidad de Tulane (leyes)



Centenarios de Panameños Ilustres

Por *JUAN ANTONIO SUSTO*

EMILIO BRICENO. Nació el 3 de Enero de 1858 en la ciudad de Panamá.

Fué poeta y prosista. Sus versos tuvieron siempre una prodigiosa fuente de inspiración. Cantó a la mujer. Fué el primer feminista ya que abogó por la educación de las niñas, luchando tenazmente para que se abrieran escuelas en el Istmo para las futuras madres.

Con Rodolfo Aguilera luchó por la Independencia y sus producciones literarias en este sentido le elevan al grado de Precursor.

Sus poemas y su prosa magnífica se hallan regados en los periódicos de la época. Cuando había terminado de escribir un libro de versos titulado "NAYADES AL SOL" que iba a publicarse en la Imprenta de Samuel N. Ramos le llegó la hora suprema. Era el 21 de Enero de 1894.

Sus funerales fueron solemnes. Al darle sepultura hablaron el poeta Federico Escobar, el niño Moisés de la Rosa que recitó varios poemas del ilustre muerto y el Dr. Carlos A. Mendoza que pronunció una magnífica oración fúnebre.

EL GENERAL ORONDASTE L. MARTINEZ. Nació el 7 de Enero de 1858 en Cartagena de Indias, Colombia, y murió en la ciudad de Panamá el 19 de Junio de 1915.

Llegó al Istmo en 1880. Se dedicó al Comercio y con constante laboriosidad logró levantar una familia honorable. Ocupó algunos cargos públicos de importancia pero su figura cobra relieve al llegar la hora de la Independencia en 1903. Sus actividades en Colón fueron magníficas y por ello fue elevado a la categoría de Prócer. La ley 27 de 1926 honró su memoria.

SANTIAGO DE LA GUARDIA. Nació en Santiago de Veraguas el 11 de Marzo de 1858.

Murió en Panamá el 25 de Octubre de 1925. Pasó su infancia en Costa Rica. Su ilustración secundaria la logró en Bogotá. Ocupó en

Costa Rica el cargo de Ministro de Guerra, volvió a Colombia donde se dedicó a la explotación del caucho, dejando sus laboriosidades comerciales para intervenir en la Revolución del 99 y en calidad de General de División con el General Nel Ospina, dirigió la campaña del Departamento de Bolívar. Fue, después nombrado Cónsul de Colombia en Costa Rica. Al llegar el movimiento separatista del Istmo en 1903 optó por pertenecer a la nueva República. Ocupó la Cartera de Guerra, Relaciones Exteriores y Hacienda, distinguiéndose siempre por su honradez y civismo. Su muerte se consideró desgracia nacional. La ley 45 de 1926 honró su memoria.

CARLOS CLEMENT. Nació el 26 de Abril de 1858.

Fue un hombre recto y ponderable. Luchó toda su vida por sus ideas liberales. Hombre de grandes virtudes cívicas logró levantar una familia muy honorable. Al llegar la República ocupó puestos de importancia. Su Gobierno en Bocas del Toro, se ha tenido como excepcional. Rodeado de amigos sinceros que mucho le estimaron, falleció el 9 de abril de 1933. Su desaparición causó gran dolor en la ciudadanía.

EDUARDO YCAZA. Nació el 31 de Mayo de 1958. Murió en la ciudad de Panamá el 28 de Mayo de 1936. Hizo sus estudios primarios en la ciudad de su nacimiento. Para ampliar su ilustración marchó a París y en Bogotá logró importantes créditos. Se dedicó mucho tiempo al comercio y al llegar la aurora de la Independencia de 1903 se acreditó como valeroso patriota. Su intervención en el movimiento separatista y en la jornada del 3 de Noviembre de 1903, fue debidamente apreciada por la Junta de Gobierno Provisional.

EZEQUIEL VILLAMIL. Nació el 18 de Julio de 1858. Murió en Panamá el 6 de Julio de 1903.

Fue uno de los jóvenes que más lucharon por la cultura del Istmo. Escribió artículos fundamentales en varios periódicos de su época y perteneció a las Asociaciones más importantes que luchaban en Panamá por el mejoramiento de clases. En 1880 obtuvo el diploma de Abogado. Fue Juez Superior y Criminalista.

RODOLFO AGUILERA. Nació en Panamá el 27 de Septiembre de 1858. Murió en la misma ciudad de su nacimiento el 25 de Junio de 1916. Fue el agitador más fundamental que tuvo el Istmo referente a la cultura. En todos los periódicos de su época y en los que él fundó publicó artículos

y la obra de hombres ilustres de la Independencia de 1821 y la de destacadas figuras del siglo pasado. "Las Espinas del 3 de Noviembre", fue básicos de temas fundamentales. Abogó por la independencia y en la raíz de este pertinaz y patriótico deseo se agitó siempre llegando a ser procesado por una producción que apareció pocos meses antes de proclamarse la República de Panamá. Dió a la luz varias obras esbozando la vida obra muy significativa. Su vasta cultura quedó plasmada en la prensa, y ahora que se celebra el centenario de su nacimiento deben recogerse y difundirse, para que las generaciones del porvenir, conozcan a fondo los sentimientos que animaron aquel espíritu selecto que fué uno de los verdaderos Precursores de la Independencia. La ley 33 de 1926 honró su memoria.

FEDERICO BARRERA. Nació en Pesé el 11 de Octubre de 1858. Murió en Aguadulce el 17 de septiembre de 1936. Fué hijo de una familia humilde y por sus merecimientos y amor a la Patria que le vió nacer, llegó a alcanzar el grado de General en los campos de batalla interviniendo en las guerras intestinas surgidas entre los partidos reinantes de Colombia: el liberal y el conservador que durante largos años regaron de sangre las tierras a la que Simón Bolívar el Libertador dió prestigio universal. Se dedicó a la industria de ganado vacuno logrando con su laboriosidad levantar una familia al contraer matrimonio con Doña María Sosa. Recordar a este patricio de valor inestimable en el centenario de su nacimiento es hacer labor patriótica.

VICTOR DUBARRY. Nació el 8 de Diciembre de 1858 en la ciudad de Panamá. Murió en Santander de Quilichao, en el Departamento del Cauca el 12 de Noviembre de 1896. Recibió una esmerada educación y por su esfuerzos personal logró labrarse una cultura muy apreciable que quedó constante en las numerosas producciones que nos legó en las páginas de los más importantes periódicos de la época.

Ocupó posiciones muy distinguidas en puestos del Gobierno. Fué un liberal de hondos principios. Luchó por la democracia y debido a su talento, don de gentes y amor al pueblo logró amistades muy significativas entre los hombres públicos y valores literarios de que se agitaban en Colombia. Al tenerse conocimiento en el Istmo de su muerte, su preclara figura fué dibujada por ilustres compañeros entre ellos Edmundo Botello y Federico Escobar que trazaron con admirable acierto su condición de polemista.

En el Centenario del Nacimiento del Poeta y Periodista Emilio Briceño Arosemena

1858-1894

Por *CONCHA PEÑA*

(*Panameña*)

En la ciudad de Panamá, nació el 3 de Enero de 1858, hace precisamente cien años, Emilio Briceño Arosemena, periodista y poeta, y uno de los hombres más puros, delicados y patriotas que ha dado esta tierra del Continente Americano que en siglos pasados se llamara Castilla del Oro.

Fra hijo de un militar prestigioso, Don Eladio Briceño, natural de Medellín, el que al llegar a los paisajes del Istmo a edad temprana para ocupar un puesto oficial de relieve en el Departamento de Panamá, contrajo matrimonio con una de las doncellas más hermosas de la época, Doña Antonia Arosemena sobrina del ya célebre Dr. Justo Arosemena.

En este hogar formado por ramas de próceres, nacieron varios hijos al correr de los tiempos, entre ellos Alejandro, que había de contraer esponsales con Doña Rosa Ycaza; Eladio, que se unió en matrimonio con Doña Eldaura Ycaza; Angelina, que se desposaría con Don Fabricio de Alba y la bella Teodolinda que habría de ser la amante compañera del Procer de la República de Panamá, Don Federico Boyd.

Emilio fué uno de los hijos más predilectos de esta unión de Don Eladio y Doña Antonia y en el seno venturoso de tan prestigiosa familia recibió su primera educación. Fué la madre, quien le enseñó las primeras letras y el santo temor a Dios. El padre le orientó en las virtudes ciudadanas, la honradez y el amor por la justicia.

A los 9 años ingresó en el famoso Seminario que dirigían los Jesuitas en Panamá, y al mismo tiempo, un colombiano de prestigio le enseñó música y un profesor español le adiestró en las letras y en la historia.

Al cumplir los 16 años, cuando su padre ocupaba el puesto de Director General de Instrucción Pública, bajo la presidencia del Dr. Dámaso Cervera, quisieron enviarle a Bogotá, para que continuara sus estudios superiores en el Colegio del Rosario.

Pero Doña Antonia, la madre amantísima, de ninguna forma consintió separarse de su Emilio, el que por estudiar intensamente latín con un sacerdote de Cartagena, "se había arruinado su salud" y por el rigorismo

y la disciplina a que le sometiera "contrajo una grave dolencia". El pecho delicado de su favorito, necesitaba cuidados especiales, que solo ella podría prodigarle.

Esta decisión de Doña Antonia, no contrarió a Emilio, porque sus parientes le proporcionaban libros fundamentales para beber en ellos "la sabiduría de todos los pueblos de la Tierra", que era su entretenimiento favorito.

Cuando mejoró de su dolencia física y su espíritu se nutrió "de los orientes enciclopedistas", que reinaban por aquellos tiempos, se inclinó por dos ramos de entusiasmo: la política y las letras.

Ingresó en las filas liberales, y la doctrina de la democracia fué para él sublime ideal, al que deseaba "consagrar su vida".

Ingresó en las filas liberales, y la doctrina de la democracia fué para él sublime ideal, al que deseaba "consagrar su vida".

Bien pronto se hizo querer por los caudillos del partido que había abrazado. Don Buenaventura Correoso y Rafael Aizpuru le distinguieron entre los jóvenes que formaban las filas liberales, y cuando por decisión de la Asamblea se depuso al Presidente del Estado Soberano de Panamá, Coronel Don Gabriel Neira y subió al poder Don Gregorio Miró, este mandatario que conocía la preparación fundamental de Emilio Briceño, le nombró con fecha 26 de Mayo de 1975 archivero de la Presidencia y de la Secretaría de Estado, puesto que ocupó el joven Briceño durante las Administraciones del Dr. Pablo Arosemena y el General Rafael Aizpuru.

Su cargo oficial no le impedía dedicarse a las letras. Fué en aquellos días cuando se dió a conocer como poeta improvisando en las tertulias de jóvenes literatos, versos, que al decir del Dr. Octavio Méndez Pereira, que le señaló muchísimos años después en el Parnaso Panameño, como uno de los vates de más "rica fantasía, de ingenio chispeante, viril y alegre, en su tiempo se creó una gran popularidad y una envidiable reputación".

Tan famoso llegó a ser entre las gentes de letras, que al llegar las fiestas Patrias del 28 de Noviembre de 1880, el Presidente del Estado Dr. Dámaso Cervera que conoció las producciones que había escrito sobre el futuro Canal Interoceánico al arribo a las costas panameñas del Conde de Lesseps a quien dedicó Briceño un hermoso soneto, decidió nombrarle orador oficial para la solemnidad que recordaba la Independencia de España en el año 1821.

En aquel día luminoso del 28 de Noviembre, la voz armoniosa del Dr. Pablo Arosemena fué la primera que se escuchó, siendo sus palabras

acogidas con delirantes aplausos.

Siguió después, el discurso de Don Gavino Sierra, que fué también muy celebrado.

Y tras este orador, tomó la palabra el poeta popular, tan querido por el pueblo, Emilio Briceño, el que con emoción patriótica recitó los siguientes versos:

Ya que a mí se me llama a una nota
Por el pueblo a ocupar su tribuna,
Yo la acepto cual cumple al patriota
A quien cabe tan grande fortuna.

Y al tomar la palabra en presencia
De este busto, glorioso de Herrera,
Hoy que el Istmo se dió independencia,
Tremolando la patria bandera,
Permitidme os indique los hechos
Más gloriosos que el Istmo alcanzara,
Adquiriendo los pueblos derechos,
Sin que sangre su sueldo manchara:
En "Los Santos", un gran movimiento
A reunirse el Cabildo precisa,
I en su augusto recinto, al momento
Una acta que al pueblo eterniza
Se levanta, i la firman los bravos
Que jurando de España librarse,
De colonos, de viles esclavos,
En señores consiguen tornarse.
I esa acta sublime, grandiosa,
Que de esclavos formó ciudadanos.
Nos recuerda esta fecha gloriosa
Que entusiastas aquí celebramos.
Más después de esa acción de civismo,
Que no tiene en el mundo rival,
Destruyendo sin guerra, en el Istmo,
Para siempre su yugo fatal.
Los istmeños formando escuadrones,
Al sentir el cañón retumbando,
Cabe allá las andinas rejiones,
Donde están sus hermanos luchando.

Sin temor abandonan sus playas,
A los mares se lanzan resueltas,
i campando en la tierra de Guayas,
En la gloria se miran envueltos,
Conquistada en los campos sangrientos
De Pichincha, Riobamba i demás,
Más. volvamos atras en la historia
Recordemos al héroe Ricaurte,
Que cubriera a Colombia de gloria
Con su nombre, en los campos de marte.
A ese Jenio que allá en San Mateo,
En terrible explosión ascendió
Hasta el Cielo cual fué su deseo,
I la enseña entre Dioses guardó.
I también recordemos al hombre
Que venciendo el Poder Español,
Con su acero legónos un nombre,
Al hacernos más libres que el sol.
A Bolívar, que grande admirable,
Tres naciones, luchando creó,
I después, infeliz, miserable,
En Colombia su patria, espiró.
El infeliz y también calumniado,
En Colombia Bolívar murió,
En Colombia, a quien él libertó.
I que ingrata quisiera enterrarla,
Con sus restos, dejar a su gloria,
Ya grabada por él en la historia,
Con la punta feliz de su espada.
Pero no mencionemos los hechos
Que esa mancha indeleble arrojaron,
En el libro do están los derechos
Que a Colombia sus padres legaron
Sino dándole tregua a las penas,
De la Patria ensalcemos la hazaña.
En que diera lecciones a España,
Destrozando sus férreas cadenas.
I el recuerdo del Jenio guardemos
Ya que al hombre mató la maldad,
I entusiastas, señores, gritemos,
LIBERTAD! LIBERTAD! LIBERTAD!

Esta poesía se reprodujo en la Gaceta del 12 de Diciembre del mismo año de 1880, y de allí la sacaron algunos periódicos de Colombia, contribuyendo esta expansión a hacer popular el nombre del poeta istmeño.

La fama de este joven liberal era ya muy alta. Tenía 22 años y su arrogancia y belleza varonil contribuía "a ser adorado por las damas y celebrado por los hombres". "Era alto, esbelto, aunque magro, bien proporcionado: hombres anchos, cabeza regular, ojos negrísimos y muy brillantes, boca gordezuela y sensual, donde reinaba siempre la sonrisa; nariz aguileña, cabello ensortijado ligeramente del color del ébano, y manos tan finas que sus dedos parecían arrancados de las teclas de un viejo clavicordio..." Tal es el retrato que de él hiciera Rodolfo Aguilera su amigo incomparable, de su misma edad, afición literaria y propulsor de las doctrinas liberales.

Su floreciente posición social se vió quebrada al acaecer los lastimosos sucesos de 1885.

Aconteció que estando Encargado del Estado como Primer Designado, el Dr. Pablo Arosemena, que inició una política de moderación, el General Carlos A. Gómima en Colón con la mayor parte de las tropas nacionales de que era Jefe, estalló en la ciudad de Panamá en la madrugada del 16 de Marzo: un movimiento revolucionario encabezado por el General Rafael Aizpuru y en cuyas filas se encontraba Emilio Briceño.

Tomado casi sin esfuerzo el cuartel de policía, encontraron los revolucionarios una resistencia que no esperaban en el cuartel militar. Esto, y la noticia de que Gómima regresaba de Colón con sus tropas, obligaron al General Aizpuru a retirarse con su gente al caserío de Farfán, donde estableció su Cuartel General.

Fué entonces cuando Briceño, entabló amistad con el que oficiaba de Secretario del General revolucionario, Doctor Carlos A. Mendoza, al que dió a conocer el fervor que tenía por la mujer, a la que él quería pura y casta, leyéndole pensamientos que escribía que eran a modo de consejor para educar a las doncellas que no recibían por aquellos tiempos enseñanzas ni ilustración por carecer el Estado de escuelas para las niñas.

Mientras Briceño pasaba los días acuartelado en Farfán, en Colón surgía la tragedia, al volver el General Gómima a Panamá con sus tropas, alzándose en la ciudad Atlántica Pedro Prestán.

Dicen los historiadores señores Sosa y Arce en su celebrada obra Historia de Panamá que la sospechosa actitud del General Gómima hizo al

Dr. Pablo Arosemena presentar la renuncia de su alta investidura que fué aceptada por la Corte Superior de Justicia, llamando al ejercicio de la Presidencia al Doctor Vives León, en su carácter de Segundo Designado; pero este no aceptó, el cargo, y Gómina asumió el poder con el título de Jefe Civil y Militar.

Afianzado en su posición y conociendo la situación de Colón, el mandatario del Istmo, envió para reducir a los revolucionarios al frente de Prestán, una fuerza de 160 hombres al mando del Coronel Ramón Ulloa y el Comandante Santiago Brun. Al chocar las fuerzas acaeció la catástrofe. Colón fué incendiado, quedando más de 10.000 personas sin albergue pudiendo escapar del desastre el cabecilla Prestán.

Aprovechando el General Aizpuru el estado casi indefenso que había quedado la capital del Estado, con sus hombres regresó de Farfán y se adueñó en la estación del ferrocarril de un armamento destinado a Centro América, atacando después el cuartel de las Monjas donde Briceño se distinguió por su coraje y valor.

Vencedoras las tropas de Aizpuru, este asumió el poder, con el título también de Jefe Civil y Militar, siendo ascendido Emilio Briceño por su "leal comportamiento a Capitán".

En medio de la crisis reinante, el General Aizpuru "se esforzó en poner la capital a cubierto de todo intento criminal y en prestar seguridades al tráfico interoceánico, proponiendo las bases de un convenio que suscribió con el Coronel Ulloa, a efecto de suspender un mes toda hostilidad entre las fuerzas de ambos bandos. Esto no impidió que el 3 de Abril desembarcaron en Colón fuerzas de la marina del buque de guerra americano *Shenandoah* y que con posterioridad llegaron al mismo puerto cinco buques más 1.000 marinos, despachados a instancias del Ministro de Colombia en Washington, doctor Ricardo Becerra. La consigna de estas tropas era dar protección a las vidas y propiedades de sus nacionales en el Istmo a impedir la repetición de combates dentro del recinto de las ciudades de Panamá y Colón".

Pese a la buena voluntad de mantener la paz y la tranquilidad en el Istmo, el General Aizpuru y sus hombres tuvieron que enfrentarse con las tropas que al mando del Coronel Rafael Reyes llegaban a Panamá para imponer en la jefatura del Istmo al Coronel Miguel Montoya, designado por la alta autoridad de Bogotá.

Los revolucionarios panameños sufrieron momentos de inquietud "por una serie de contratiempos". Sus filas fueron mermadas por las continuas

deserciones que redujeron a la tropa formada de unos 600 hombres a menos de la mitad. "deserciones causadas por la parcial actitud atribuida a los americanos".

Aizpuru reunió a sus oficiales y después de discutir la desesperada situación en que se hallaban, resolvieron rendirse firmándose un Convenio el 29 de abril.

Encargado el Coronel Montoya del mando Civil y Militar el primero de Mayo, lo primero que hizo fué reducir a prisión al General Aizpuru y a otros jefes militares.

Briceño fué condenado a destierro, partiendo a cumplir su castigo a Guayaquil en compañía de otros revolucionarios entre ellos Rodolfo Aguilera.

Duro y cruel fué el tiempo que sufrió fuera de la Patria.

Su amor inmenso por el querido Istmo, laceró su sensible corazón. En aquellas horas amargas del ostracismo escribió varios poemas muy sensibles y emotivos que se han perdido y que desde tierras lejanas enviaba a Jerónimo Ossa, Federico Escobar, Simón Rivas y Edumundo Botello, dato que dejó consignado años más tarde en el CRONISTA Samuel N. Ramos.

No conocemos exactamente el año que terminó el calvario de su destierro.

Pero si tenemos conocimiento que hacia 1890, su nombre vuelve a florecer en Panamá con latidos de entusiasmo.

A su regreso contrajo matrimonio con una bella y exquisita doncella, Margarita Tanco la que llegó a tener cinco hijos: Emilio, Alcides, Efraín, Isabel María y Marco Aurelio.

Para sostener su hogar se dedicó al Comercio. Por la *Boston Ice Company*, sabemos que durante algún tiempo fué tenedor de libros en aquella casa importante, sirviendo también un alto empleo en la Compañía de Arosemena Hermanos.

A pesar de su rudo trabajo, su inclinación a las letras le hicieron entrar en el campo del periodismo, escribiendo verso y prosa para *El Mercurio*, *El Aspirante*, *El Cronista*, *El Deber* y otras publicaciones periódicas.

El año más afanoso de su vida fué el 1892. De esa época nos han quedado la constancia de sus laboriosidades para que prosperase la Sociedad "Progreso del Istmo" y se fundara la "Cooperativa" entidad que aflo-

ró en realidad el 31 de Agosto de 1892 gracias a sus esfuerzos.

Generoso y magnánimo al llegar la hora de la elección de la Junta Directiva, sus compañeros le ofrecieron la Presidencia, pero la rechazó para colocar en ella a un hombre de prestigio económico y solvente, Don Manuel B. de la Torre, eligiéndose también por su inspiración a Don J. M. Zanetti para Vicepresidente, a Don Pedro Berguerie para vocal designado, a Don Gabriel Guizado para Secretario, a quien después él sustituyó, y a Don M. Tejada para Tesorero.

Al mismo tiempo, con los miembros más destacados de la "Escuela Literaria" se afaná por organizar un concurso para honrar la memoria del Descubrimiento del Nuevo Mundo sugiriendo el tema INFLUENCIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA POR CRISTOBAL COLON EN LA CIVILIZACION MODERNA y la celebración del 12 de Octubre de 1892, en forma de apoteosis.

Sus crónicas de esta época estuvieron muchas firmadas con el pseudónimo CEVE, que algunos críticos han atribuido a otro autor aunque Federico Escobar sostuvo que Briceño ocultó en este anónimo su producción en prosa. También vieron la luz, entre otros poemas ALGO, aparecido en EL CRONISTA, UN ANGEL MAS, PENSAMIENTOS, COLON, etc.

Su producción poética tiene alcance superlativo en el siguiente año cuando le dedica un poema A MI MADRE, muerta el año 1882 al cumplirse los once años de su defunción y en que la dice:

Porqué si es el recuerdo del bien que se ha perdido
El caliz del acibar que amarga el corazón,
El hombre con frecuencia apura el contenido
Que a veces en sus labios suspende la oración.

Acaso es Dios injusto, que quiso hacer terno
Del hombre, dentro del pecho, el astro del dolor?
Que en vez de un paraiso, ofrécele un infierno?
Que en cambio de la dicha, le brinda el estertor?

O acaso porque fuimos con barro fabricados,
Al barro, y entre lágrimas debemos retornar,
Y el crimen primitivo, por otros consumado,
Por siempre y para siempre tenemos que purgar?

Explicame, tu madre, que moras en el cielo,
Si injustos son los hombres o si os injusto Dios;
Si sufres allí tanto, como sufro yo en el suelo;
Si son para El iguales, las penas de los dos?"

A su leal y bondadoso amigo Jerónimo Ossa, le dedicó un poema de entonación lírica admirable que apareció el 14 de Julio, un verso de corto metro "A MI HIJA ISABEL MARIA" que vió la luz en El Cronista del 10 de Agosto, el celebrado Soneto EL PERIODISTA que apareció el 23 de Agosto en El Deber. UN ANGEL MAS, que escribió en carta a un amigo. ALGO dedicado a Melquiades Ossorio y EL CASTO AMOR DE LAS SANTANERAS que los vecinos del arrabal reprodujeron en hojas volantes.

Para el 28 de Noviembre preparó EL CANTO DE LIBERTAD, que por haber caído enfermo no pudo recitar y que a los socios de "La Unión" y el "Progreso" recitó Simón Rivas.

Preparaba un libro de poemas que titulaba "NAYADES AL SOL". Algunos capítulos de esta producción se los entregó a Samuel N. Ramos para que los fuera levantando en la Imprenta que tenía; pero cuando los iba a terminar lo sorprendió la muerte.

Era el 21 de Enero de 1894. Acaba de cumplir 36 años.

Durante su lenta agonía, recibió la visita del Reverendo Padre Francisco Javier Junguito, el que había de ser Obispo destacado de Panamá y como en conversación familiar se confesó con él, recibiendo después los últimos auxilios del Cristiano.

La noticia de su muerte causó un gran dolor en la ciudadanía.

Todos los periódicos de la ciudad escribieron artículos de condolencia.

EL DEBER en su columna editorial decía:

Ayer a las ocho de la mañana en largo convoy fúnebre formado por lo que Panamá tiene de más selecto, socialmente hablando y de sus más vigorosos hijos como fuerza de la democracia, se condujo a la última morada el cuerpo de don Emilio Briceno, fallecido en plena juventud a golpe de alevosa y cruel enfermedad.

No pudieron salvarle los desvelos de los facultativos ni el cariño y la abnegación con que el acendrado afecto cuidó sus días imponiendo del Dios de la bondad la salud de quien fue amor para los suyos, amable en el trato, amistoso y esperanza, hoy desvanecida de la Patria. . . .

El pueblo santanero formaba el cortejo más doloroso.

Periodistas, jueces, Magistrados y hombres de relieve formaban la comitiva. De Taboga vino un barquito cargado de flores que se arrojaron sobre su tumba.

Y en el Camposanto, al darle cristiana sepultura hablaron tres personas: Federico Escobar, el poeta carpintero, su noble amigo y compañero que pronunció una oración magnífica.

El niño Moisés de la Rosa que al despedirlo recitó un verso del querido muerto y por último el Dr. Carlos A. Mendoza, con aquella voz vibrante de orador de las masas, pronunció en el silencio augusto de la casa de los muertos las siguientes palabras:

Señores: Cada vez que la muerte hiere a un ser que me es querido, me propongo el terrible problema que el sepulcro encierra, y busco— sin hallarla— la solución que me abra las puertas de la verdad eterna y me explique las tristezas que el alma siente y las torturas y congojas que sufre el corazón.

Oigo entonces voces misteriosas que hablan a mi conciencia con sonidos lejanos, casi apagados, indescifrables; diviso extrañas creaciones que pasan, por la mente en confuso tropel; hasta creo oír las palpitaciones de otra vida, en la cual no se pierden los actos de las virtudes terrenales, y me siento en vagos contactos con otras desconocidas existencias, subyugándome el misterio de arriba y confundíendome el misterio de abajo.

Pero, señores no por esto el problema de la tumba se resuelve, permanece en pie, dejándome solo el agudo dolor de despedir al que se ausenta y las lágrimas que brotan de lo íntimo; es decir el abismo donde desborda el pesar y el mundo del sentimiento, de donde se extraen entre sollozos entrecortados los convulsos acentos del eterno adiós.

Atroz es la muerte en todo caso; más ella asume las trágicas proporciones de lo horrible, cuando al abandonar una vida, que era de esperarse fuera más duradera, se aprietan las manos de los que adoramos con los estremecimientos de las últimas energías, cuando se siente caer, como debió sentirlo el infortunado amigo a quien despedimos, sobre sus tristezas de agonizante los llantos de los cinco ángeles, el de una esposa idolatrada, y los lamentos de desesperación arrancados del fondo del alma a los que a están ligados por el más puro afecto.

Horrible, muerte la de este joven que vió más tétrico el cuadro de sus últimos instantes, sintiendo su cuerpo de moribundo estrechado por los que le querían, como para darle la vida que ya se escapaba y oyendo mez-

clados a las oraciones y plegarias, los rumores casi sin sonido que pueblan el infinito y la eternidad.

La luz, la vida han desaparecido para nuestro amigo. De él solo nos restan estos despojos que vamos a entregar en depósito a la madre tierra, y la memoria de las buenas acciones y cualidades de quien supo llevar con dignidad su condición de hombre y cumplir con rectitud sus deberes de ciudadano.

Día ha de venir en que algún amante de lo meritorio, escriba el esbozo de la obra de inteligencia que produjo el cerebro que yace allí apagado, que relate lo mucho que había de elevado en el carácter de Briceño, y saque a luz las intimidades del gran corazón ya extinto, que latió en su pecho.

Mientras tanto, cerremos su tumba que será cubierta constantemente con las melancólicas flores de su recuerdo”.

Sinón Rivas iba también a decir unas palabras; pero no pudo. El llanto nubló sus ojos y solo con voz llena de emoción dijo:

Fuilibo Briceño ha muerto: **VIVA EL POETA!**

En el Centenario del Nacimiento del General y Procer Orondaste Luciano Martínez

Por *CONCHA PEÑA*
(Panameña)

En la bella y pintoresca ciudad de Cartagena de Indias, nació el 7 de Enero de 1858 un niño, al que un sacerdote comadrón, que cuidó a la madre en hora tan suprema, auguró que "había de ser ilustre ciudadano de Colombia".

Era este infante, hijo de Don Diego Martínez, militar y comerciante y de Doña Joaquina Jénico, piadosa dama de virtudes muy altas y descendientes ambos esposos de familias notables que pertenecían a las huestes libertadores que habían luchado bajo las órdenes del venezolano, Simón Bolívar, para dar independencia y libertad a varios pueblos de América.

Este niño tuvo desde sus más tiernos años ideas asombrosas que acusaban precoz inteligencia.

En el seno del hogar recibió su primera instrucción, y en los célebres colegios cartageneros completó su ilustración superior.

A edad muy temprana se afilió al partido liberal y para defender las doctrinas de la democracia ingresó en las masas que en Cartagena la heroica, luchaban contra la opresión y la tiranía.

Al cumplir los 21 años, contrajo matrimonio con una bellísima doncella, Doña Adelina Díaz, y un año después de este idilio de romántica aventura, tuvo, por cuestiones políticas, que abandonar los dulces paisajes de su tierra nativa y trasladarse al Istmo.

Llegó a la ciudad de Colón el mismo año que el Conde Fernando de Lesseps había iniciado la apertura del Canal Interoceánico.

El Dr. Dámaso Cervera, que era el Presidente del Estado Soberano de Panamá y amigo entrañable de algunos de los ascendientes de Orondaste L. Martínez, le proporcionó laudables recomendaciones para que entrara a trabajar en la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá y en 1882, ocupó el cartagenero una importante posición en las Oficinas de la Compañía francesa.

Pasajero fué aquel empleo. Serenada la situación política en Car-



GENERAL ORONDASTE L. MARTINEZ

tagena, volvió a su patria y desempeñó en ella algunos cargos públicos de importancia; pero recordando su agradable estancia en el Istmo regresó a la ciudad Atlántica para dedicarse al comercio.

En la antigua Aspinwall, con mucha laboriosidad logró labrarse una regular fortuna, dedicándose a representar a varias casas importadoras de América del Norte y a la cría de ganado vacuno.

Sus gestiones comerciales las alternó con acciones guerreras, interviniendo en las luchas intestinas que asolaron las tierras de Colombia al final del siglo XIX, donde logró el grado de General.

No tenemos conocimiento certero de los hechos de armas en que intervino; pero sí sabemos que su prestigio y honorabilidad habían logrado el respeto ciudadano y en la ciudad de Colón el nombre del cartagenero era muy popular y querido.

Fundó una honorable familia. Tuvo varios hijos entre ellos María Isabel, Tertuliano, que había de ser político desacado, Rosa María y María de los Dolores, todos generadores de hogares prestigiosos.

El crédito público de General Orondaste L. Martínez, estalló en clamor, al clarear la gesta gloriosa de la Independencia del Istmo en el año 1903; porque siendo colombiano de nacimiento luchó tenazmente por su patria adoptiva, llegando a ser hijo Predilecto de Panamá y Prócer de la República.

Sus más brillantes servicios a la Patria panameña están recogidos en su afanosa actuación en la hora crucial de la secesión.

Con Don Porfirio Meléndez, a quien le unía una estrecha amistad, laboró en la ciudad de Colón por la separación del Istmo de Colombia.

Desde el mes de Agosto de 1903 tuvieron conocimiento, por informaciones particulares de Don José Agustín Arango, que en Panamá estallaría una revolución fijada para el cuatro de Noviembre.

Más aconteció que en la mañana del 3 de ese mismo mes, arribaron a las playas Atlánticas, los Generales Colombianos con sus tropas, que venían al Istmo para provocar el aborto de los movimientos conspiratorios.

Aquella jornada fue de inquietud y desasosiego para el General Orondaste L. Martínez, porque en realidad no se sabía lo que había de suceder en Panamá al llegar a la capital del Departamento los Generales de Colombia.

El Historiador Don Ismael Ortega B., en su hermoso libro "La Jornada del Día 3 de Noviembre", aparecida en 1931, dice que "ya en la mañana de ese día 4, Don Porfirio Meléndez había convocado (a una reunión) a los señores General Orondaste L. Martínez, General Alejandro A. Ortiz, jefe de la Policía de Colón, Comandante Serafín Achurra, jefe de la guarnición de la ciudad de Colón, Don Juan Antonio Henríquez, don Tiburcio Meléndez y Don Luis F. Estenez para comunicarles los sucesos ocurridos en Panamá en la tarde del día anterior, y darles a conocer la autorización que tenía de la Junta Revolucionaria para encabezar y dirigir el movimiento separatista en la ciudad de Colón".

El señor Meléndez recibió de los mensajeros que le habían enviado Don José Agustín Arango, Don Federico Boyd y Don Tomás Arias, persuadió a los señores convocados a la reunión de urgencia, que se dirigiesen al Coronel J. R. Shaler, jerarca de la Compañía del Ferrocarril para informarle de los sucesos acaecidos en la capital del Departamento y recibir de él sugerencias encaminadas a desarrollar una política acertada para que Colón apoyará el glorioso estallido de la Independencia del Istmo.

Después de realizada esta gestión, comisionó el señor Meléndez al General Martínez y a Don Carlos Clement para que se entrevistaran con el Coronel Eliseo Torres inmediato Jefe del Batallón "Tiradores" que se había quedado al frente de las tropas llegadas de Colombia, para invitarle a la rendición ante el nuevo gobierno panameño.

La misión fué cumplida. El Coronel Eliseo Torres se hallaba en la Prefectura de Colón acompañado de los señores Elizardo Guerrero, Alcalde de la antigua Isla del Manzanillo, del General Pedro A. Cuadros, Prefecto de la Provincia, del General Alejandro A. Ortiz, Jefe de la Policía y de varios oficiales colombianos.

Fuó el General Orondaste L. Martínez quien llevó la palabra en aquel momento decisivo, haciendo conocer la situación creada con los sucesos acaecidos en Panamá, la prisión de los Generales Juan B. Tovar, Ramón C. Amaya y otros oficiales y la invitación que la Junta del nuevo Gobierno le hacía para que fueran rebatadas las tropas a su mando y el pueblo se uniera a la gloriosa gesta de la emancipación.

El Coronel Eliseo Torres, después de escuchar al General Orondaste Martínez y leer la carta que le habían entregado, insultó de la manera mas grosera a los comisionados y a todos los panameños y como única respuesta dijo: "que concedía solo dos horas para que fuesen puestos en libertad y regresados a Colón, los Generales Juan B. Tovar y Ramón C. Amaya" y, tanto Clement, como el General Martínez trataron de hacerle comprender lo imposible de aquella tarea, el Coronel Torres les amenazó con tomarlos preso junto con Don Porfirio Meléndez, ordenando "al Prefecto de la Provincia que fuera de inmediato al consulado norte-americano para decir al señor Oscar Almros, que estaba resuelto a quemar la ciudad y matar a todos los norteamericanos, si no se ponía en libertad a los Generales prisioneros antes de las dos de la tarde.

La situación era por demás enojosa.

Los comisionados dejaron al rebelde en trance de gestionar diligen-

cias para hacer fracasar el movimiento separatista en Colón y después de dar cuenta al señor Meléndez de lo acaecido en la Gobernación el general Orondaste L. Martínez, se ofreció voluntariamente a gestionar con el Coronel Eliseo Torres, nuevo entendimiento.

Tras una lucha tenaz, logró el cartagenero una entrevista con el Coronel Torres en el Hotel Suizo, y siguiendo la relación del Historiador señor Ismael Ortega, sabemos que después de celebrada esta conferencia, propuso el Coronel Torres que se dirigieran a la oficina de don Luis Estenez. "El militar reacio, y Martínez, aguzando el ingenio, y usando de su habitual sangre fría, continuaron en una discusión tanto más espinosa y comprometida para el General Martínez cuanto que el Coronel Torres, acompañado de su corneta de órdenes y dueño completamente de la plaza, estuvo varias veces, a punto de perder la paciencia, y llevar a cabo sanguinario escarmiento en las personas de los conjurados, llegando hasta amenazar personalmente, al General Martínez con un balazo en la cabeza", que en toda intimidó al valeroso soldado de la libertad.

Después de muchos contratiempos, gestiones y diligencias "y con la ayuda poderosa de la labor conciliadora realizada por los Generales Orondaste L. Martínez, Alejandro A. Ortíz, acerca del Coronel Torres, pudo Don Porfirio Meléndez conseguir al fin que el Coronel Eliseo Torres, Jefe de la plaza de Colón, aceptara los hechos cumplidos, y la cantidad de 8.000.00 dólares para racionar sus tropas, fuera del pasaje para regresar a Colombia, suma que fué sacada de la Caja de la Panama Rail Road Company bajo la garantía personal de Don Porfirio Meléndez, quien hasta su patrimonio privado arriesgaba en beneficio de la causa de la independencia, pues la Junta Provisional, en ese momento no tenía esa suma disponible, la que fué contada por el Cajero de la Panama Rail Road Company, señor Wardlaw, y entregada por don José E. Lefevre, asistente del cajero, en la oficina de don Luis F. Estenez, al General Orondaste L. Martínez y éste a su vez al Coronel Eliseo Echevez".

La gentileza, caballerosidad y amor patriótico de nuestro biografiado quedó palpablemente manifiesta en este acto, pues al realizarlo pronunció unas palabras hermosas que la historia todavía no ha recogido y que ponen de manifiesto el alma noble de aquel caballero de Cartagena que unía su suerte a la del Istmo.

El desembarque del batallón "Tiradores", se llevó a cabo el día 5 de Noviembre, fecha en que se confirmó definitivamente la emancipación de Panamá.

La Patria agradecida nombró Prócer al General Orondaste L. Martínez.

Ocupó el general algunos puestos de importancia en los primeros años de la República y lleno de gloria y de merecimientos murió el 19 de Junio d 1915.

La prensa entera de la época dió a conocer tan infausta nueva.

El "Diario de Panamá" de fecha 20 del mismo Junio de 1915 decía textualmente: Hoy a las 9:30 de la mañana fueron conducidos a la última mansión los restos mortales del General Orondaste L. Martínez, hombre de relevantes prendas morales y de alta virtud cívica. Prestó importantes servicios a la causa de nuestra Independencia en la ciudad de Colón en momentos de suprema angustia para los hijos del Istmo. Fué un hombre trabajador, honrado, inteligente y digno. Formó una familia honorable y deja muchos amigos que lamentan su muerte. El Poder Ejecutivo ha dictado un Decreto de honores honrando su memoria, justo homenaje tributado al buen ciudadano que pierde la República".

No murió en su amada Colón. Sus ojos se cerraron para siempre en la ciudad de Panamá, donde a pesar de sus merecimientos sus funerales no fueron demasiado solemnes.

El lujo de su acompañamiento a la última morada lo llevó a cabo el Cuerpo de Policía precedido de la Banda Republicana en uniforme de parada.

Al depositar su cuerpo en la fosa que le guardaría, se le rindieron honras correspondientes a su condición de prócer.

Pero su verdadera historia queda todavía por hacer. Ojalá que al cumplirse este año el Centenario de nacimiento, biógrafos e historiadores, reseñen la vida y la obra de este ciudadano meritorio.

Panamá, 7 de Enero de 1958.

Colaboradores de "Lotería" en 1957



**Dr. Mendoza
Carlos E.
Director**



**Ldo. Turner
Domingo H.
Editor**



**Bach. Susto
Juan Antonio
Editor**



**Sr. Pinel
Pablo A.
Administrador**



**Ldo. Abrahams
Enrique G.**



**Sr. Aláin
Elías**



**Prof. Alba
Manuel M.**



**Dr. Alfaro
Ricardo J.**



**Dr. Arosemena
Carlos**



**Sr. Bárcena
Lucas**



**Sr. Batalla
José Gmo.**



**Sr. Beleño
Joaquín**



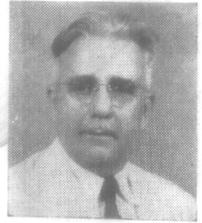
Sr. Boyd
Alberto A.



Ldo Boyd
Aquilino



Sr. Candanedo
César A.



Prof. Castellero
Ernesto J.



Sr. Castillo
Moisés



Sr. Castro
Melitón



Dr. Conte-Men-
doza, Horacio



Sr. Duque
Tomás G.



Sr. Escobar
Leonidas



Ldo. Fábrega
José Isaac



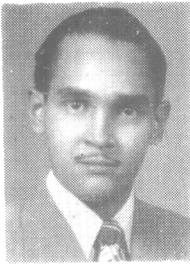
Ldo. Fortune
Armando



Sr. Franco
José



Fray Rodrigo



Prof. García R.
Luis Rubén



Dr. Gasteazoro
Carlos M.



Sr. de la Guardia
Ernesto



Dr. de la Guardia
Jaime



Sr. Guillén
Olmedo



Sr. Herrera-
Barría



Sra. Iannello
Reina de



Sr. Kivers
Orlando



Sr. Korsi
Demetrio



Sr. Laurenza
Roque Javier



Ldo. Merdoza
Carlos Alberto



Ldo. Miró
Rodrigo



Sr. Moreno G
Armando



Sr. Oller N.
José



Sr. Ortíz E.
Juan Antonio



Dr. Osegueda
Francisco L.



Dra. Peña
Concha



Dr. Reverte
José Manuel



Dr. Ritter A.
Eduardo



Prof. Romero
Fernando



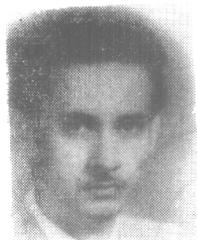
Ldo. de la Rosa
Biógenes



Dr. Rubio
Angel



Ldo. Sinán
Rogelio



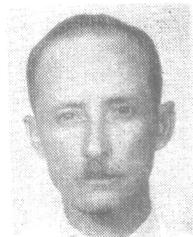
**Dr. Soler
Ricaurte**



**Sr. Soto
Mariano**



**Prof. Tejeira
Gil Blas**



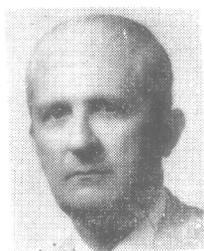
**Prof. Tejeira
Moisés**



**Ldo. Turner
Jorge**



**S. E. Vasse
Lionel**



**Prof. Zárate
Manuel F.**

No hemos podido obtener fotografías de las siguientes personas, quienes colaboraron en la revista en el año de 1957: Profesora Berta María Cabezas, don Víctor M. Franceschi, Dr. Manuel Antonio Herrera Lara, don Eduardo Lanuza, doña María Olimpia de Obaldía y doña Lola Collantes de Tapia

En el Segundo Milenio de la Muerte de Cicerón 43 A. de J. - 1957 A. D.

Por TOMAS ARIAS

(Panameño)

"Somos como enanos subidos en los hombros de gigantes; vemos más y más lejos que los antiguos, pero esto no se debe a la viveza de nuestra vista ni a nuestra propia estatura sino a que estamos como levantados por esa masa gigante."—Bernardo de Chartres

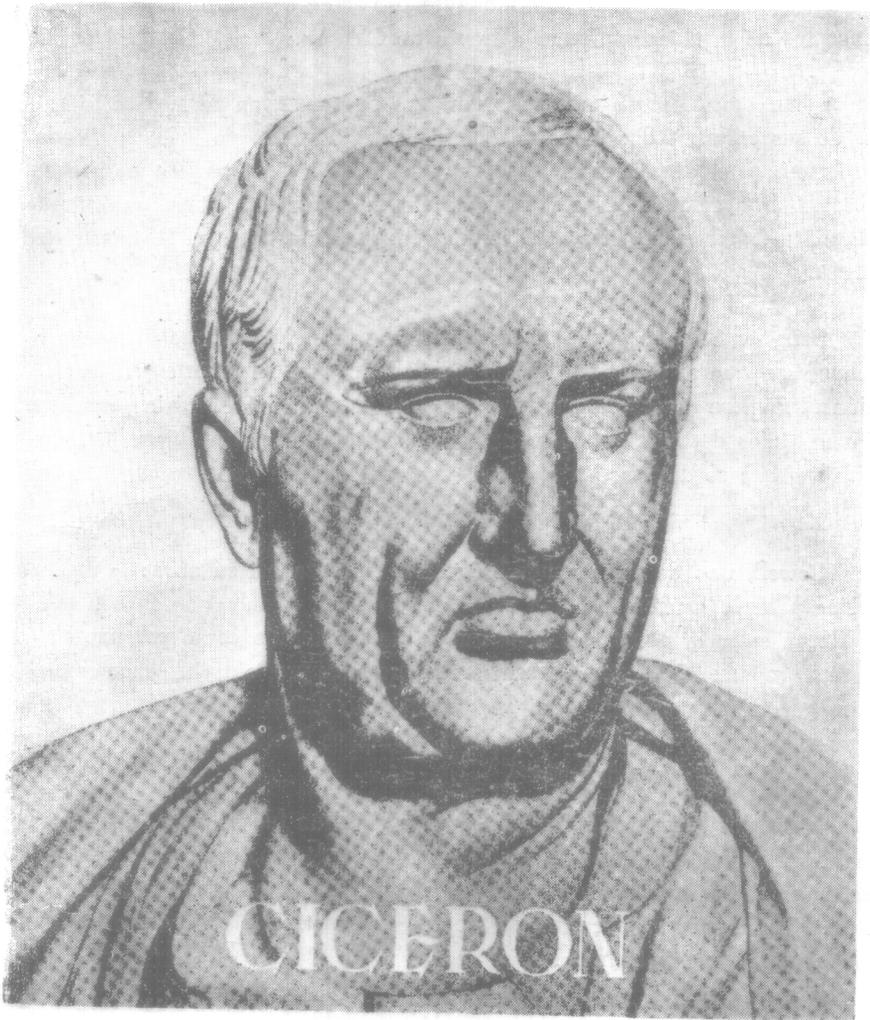
Hace ahora dos mil años que unos sicarios troncharon la vida ilustre y procerca de Marco Tulio Cicerón, estadista, literato, orador y filósofo romano. Al conmemorar este luctuoso suceso que el correr de los siglos no ha logrado empañar, observamos que el primer milenio pasó inadvertido debido a la ignorancia entonces reinante. El mundo estaba entonces sumido en la noche medioeval, cuando el saber y la cultura estuvieron en su nadir. Poca responsabilidad puede exigírseles a aquellos que vivieron en esos tiempos bárbaros. No es ese el caso hoy. La humanidad ha llegado, como si dijéramos, a la edad adulta; cada siglo corresponde a un año y ya han pasado veinte siglos. No podemos nosotros, conscientes de nuestra herencia cultural, pasar inadvertida, otra vez, una efemérides de tan tamaña importancia. Hay que hacer una pausa, hay que hacer un alto en este segundo milenio que enmienda la omisión del primero, porque los milenios que han de venir no tendrán tanta intimidad con el pasado como el nuestro. Es esta una obligación irrenunciable que nos impone el espíritu. Hagamos pues una pausa en el diario bregar y remontémonos a los Campos Elíseos para honrar la memoria de tan cimero varón.

Perteneció Cicerón a la clase media, conocida en Roma como la de los caballeros, la cual se dedicaba primordialmente al comercio, siendo los puestos públicos reservados, casi en su totalidad, para los miembros de la clase senatorial. No obstante, sus dotes naturales fueron tales, su edu-

cación tan esmerada y sus deseos de sobrepasarse tan ingentes que ascendió a los puestos públicos con asombrosa rapidez, llegando a Cuester, a Edil y a Pretor a las edades más tempranas que permitía la ley y coronando su carrera política al ser electo Cónsul en el año 63 A. de J., cuando le tocó la suerte de salvar la República de la tristemente célebre Conspiración de Catilina. En la lucha entre César y Pompeyo, Cicerón vaciló antes de decidirse por este último y esta indecisión ha sido explicada por algunos como pusilanimidad y cobardía. Pero la verdad es que esa decisión no era fácil. De un lado César amenazaba destruir la República brindando en cambio orden y seguridad. Del otro, Pompeyo garantizaba las formas republicanas manteniendo los abusos de una oligarquía asfixiante. Ante un dilema de esta naturaleza, de tan difícil solución para un contemporáneo, su indecisión no puede ser tildada de pusilanimidad ni de cobardía. Cicerón dió muchas pruebas de valor en lo personal, como en la defensa valiente y desinteresada de Boscio Amerino, por ejemplo. En lo público también las dió con profusión en sus ataques a Catilina y a Marco Antonio, ataques compendiados en los famosos discursos conocidos como las Catilinarias y las Filípicas. Después de los Idus de Marco, caído César víctima del puñal de los oligarcas, cuando Octaviano, Lépido y Marco Antonio se confabularon y formaron un triunvirato para repartirse el mundo, ese último tomó su venganza ruin haciéndole matar por unos asesinos a sueldo, el 7 de diciembre del año 42 A. de J, hace hoy dos mil años.

Como literato Cicerón no tiene parangón entre los romanos. Su obra fué literalmente inmensa. Para apreciar esta inmensidad bastará observar que más de la mitad de la literatura latina que se conserva procede de su pluma. Encontró un latín seco y áspero, propio para la Cuestión Agrícola de Catón y le dejó suave y melodioso digno de servir de modelo a cualquier idioma. Cicerón ha sido estudiado con la más minuciosa atención por todos los latinistas y entre ellos referirse al "estilo Ciceroniano" es describir la cúspide del lenguaje. En la Edad Media hubo clérigos que rehusaron leer las obras sagradas por no menguar un "estilo Ciceroniano". Erasmo, el gran humanista, quizás el latinista más grande que el mundo ha conocido, propuso que la Iglesia lo canonizara. Nuestro Papa actual, S. S. Pío XII, ha tenido para él las frases más bellas que alguna vez dedicara a un escritor pagano.

Como orador fue también el más grande entre los romanos y en el mundo sólo cede a Demóstenes, aventajando a éste, según el decir de los entendidos, en musicalidad y belleza de la frase. Tenía un excepcional



poder convincente haciendo énfasis en lo que convenía a su tesis y res-
tándole importancia a lo que podía menguarla. Los abogados pueden en-
contrar mucho que aprender en sus alegatos que son modelos de correc-
ción en el más perfecto grado, tanto en la forma como en el sentido. En
prueba de su hombría de bien, cabe agregar, que con frecuencia se jactó
con orgullo de haber preferido siempre la causa de la defensa.

Conoció a fondo la filosofía griega. Vulgarizó sus conceptos entre
los romanos viéndose obligado para ello a inventar muchos términos filo-
sóficos. Su obra mantuvo vivas durante la Edad Media las más grandes

ideas de la filosofía griega y al llegar el Renacimiento y nacer otra vez el buen gusto y la cultura, la humanidad volvió a apreciar los grandes conceptos de la antigua Grecia a través de Cicerón.

Como epistológrafo vale recordar que se conservan más de setecientas de sus cartas, todas joyas de buen gusto y repletas de buen sentido y erudición, preñadas de finas ironías y de chistes que aún se conservan frescos. Son como dibujos a lápiz de Goya, donde una línea, una curva, un punto dan la idea exacta de la imagen que latía viva en la mente del artista.

Consciente de su grandeza, una vez manifestó que mucho más le preocupaba lo que se dijera de él 600 años después de su muerte que la opinión vocinglera de sus contemporáneos y no se equivocó el genio pues hoy, dos mil años después, así como mañana, dentro de diez mil años, la humanidad entera se descubre respetuosa ante su memoria noble y augusta que brilla sin mengua como brillan los astros.

Cowell, uno de sus muchos biógrafos, sintetiza así su obra: "Sus servicios para la humanidad han sido más grandes que lo que fueron para la Roma antigua, porque su memoria se ha mantenido como perenne guía para la conciencia humana, en verdad no siempre oída, frecuentemente desobedecida por aquellos que la oyeron, pero siempre como un faro, sereno y constante, que indica sus pasos vacilantes hacia la igualdad, la justicia y los ideales humanitarios".

Pero, por grande fue Cicerón, por grande que fue su obra, no conmemoramos hoy solamente esas grandezas. Recordamos que somos romanos por nuestro idioma, por nuestras costumbres y por nuestras instituciones. Roma Eterna vive en nosotros y no perecerá nunca pues es el culto de todo lo bueno y de todo lo bello.

La cultura y la civilización son como una torre esbelta que crece y se eleva cada vez más con el tiempo. La base de esta torre la constituye la antigüedad clásica de donde todas las artes y todas las ciencias tienen su origen. Mientras más se eleva la torre más importancia adquieren las bases que la soportan. Más si, embelezados por las conveniencias y comodidades de la cúspide, descuidamos los primeros peldaños, por la ley de la gravedad se desploma y derrumba todo el inmenso edificio, quedando nosotros de nuevo sumidos en la barbarie fenicia del utilitarismo.

Panamá, 7 de diciembre de 1957.

Los Museos y la Comunidad

Por REINA TORRES DE IANNELLO

(Panameña)

A fines de este mes de Enero se celebra en Panamá la "Mesa Redonda sobre los Museos y la Comunidad", organizado por el Comité Nacional de Museos, afiliado a la Comisión Nacional de la Unesco.

Es la primera vez que se toca este tema en una Mesa Redonda, aquí en nuestra capital. El Museo de Panamá ha sido hasta hora un organismo de interés, de sospechado y no bien conocido valor para muchos, pero que no pareciera prestarse a discusiones, proyectos, estudios y monografías. Una entidad estática, un "algo" del cual no debe prescindir la ciudad, que como otras debe preciarse de contar con un museo, al cual, luego de haberlo surtido en un pasado de cierto número de anaques y de haberle asignado un presupuesto mínimo, debiera permanecer ad eternum en ese estado.

Con el fin de despertar el interés por el Museo Nacional, y por los museos en general, con el fin de que las autoridades competentes se inclinen a valorizar con su culto criterio este problema, con el objeto de atraer a los educadores hacia esta fuente de sabiduría y de recursos técnicos, se ha organizado esta mesa redonda que cuenta con la asistencia de especialistas, profesionales, artistas, profesores, maestros, estudiantes universitarios y secundarios, etc.

Acerca de los temas a tratar en este seminario, daremos una idea en este artículo.

Los Museos y su relación con la Comunidad:

Si bien los museos comenzaron (ya podemos señalar su inicio en Egipto, en base de colecciones de papiros y de ofrendas votivas) como simples colecciones particulares, propiedad de las casas reales, de los nobles o de ricos mecnas, colecciones que no llegaban a ser observadas ni estudiadas por el hombre común, esta etapa ha sido ya ampliamente superada. La revolución francesa, ese movimiento de trascendencia ecuménica, con sus principios de libertad, igualdad y fraternidad, promulgó la idea de abrir al público, a todos, las colecciones históricas, científicas, que de otra manera solo estarían a la orden de especialistas privilegiados.

En el siglo XIX, el número de museos, se había elevado ya a una cantidad verdaderamente impresionante, número que con el correr de los

años ha ido aumentando cada vez más. Pero el Museo de entonces difería en mucho de la idea de que de él se tiene hoy. Era éste poco menos que una casa de colecciones raras y exóticas, de incomprensibles objetos de lejanos continentes, de fenómenos teratológicos, de extraños animales disecados, de lúgubres momias y largas filas de cráneos humanos. Colecciones que estaban alineadas en enormes armarios, alumbrados por una mezuquina luz que se menguaba en los sombríos colores de los muebles, con gran profusión de ejemplares repetidos o parecidos, que ayudaban a confundir más aún al visitante lego en estas especialidades. El científico, el arqueólogo, encontraba allí un filón inagotable de sabiduría y de temas de investigación; el turista, un lugar más que visitar y del cual llevar un recuerdo un tanto oscuro; y el estudiante, si alguna vez era llevado, el deslumbramiento ante tanto objeto denominado científicamente o toponímicamente, que permanecería en su mente como algo que se sabe que existe, que tiene su importancia, pero que no se comprende y que no motiva más interés que el momentáneo y que no deja ninguna huella, ningún estímulo para el futuro. El Museo era, en fin, de utilidad únicamente para el especialista. No se había brindado verdaderamente aún al hombre común, no había descendido humanamente al nivel de los niños y jóvenes, para quienes era por lo tanto inoperante.

La posición actual de los museos es muy distinta. Además de servir como material de estudio a los científicos especializados, tiene como fin primordial su relación con la comunidad, a la cual pertenece, y con esta comunidad se relaciona en la forma más elevada y eficaz, o sea mediante la educación. Los Museos tienen principalmente en la actualidad, una doble finalidad: educación e investigación.

Función educativa del Museo:

En su función educativa el museo tiene una hermosa y difícil tarea. Mediante la exposición de las maravillas de la naturaleza, de las obras y técnicas de los hombres de todas las razas y latitudes puede lograr que quien las contemple y estudia salga del pequeño margen de su propio círculo, de su propia cultura, de su medio ambiente, para, en virtud de una observación y contacto directo con ellos, comprender el mundo físico en el cual vive, liberarse de supersticiones y prejuicios, valorizar a todos los hombres de todas las razas, ya que todos, en mayor o menor grado pero no en esencia, dan soluciones culturales a las estímulos ambientales biológicos y espirituales, llegando en esa forma a lograr algo que el hombre ha perseguido desde siempre: conocerse a si mismo como hombre.

Todo educador sabe que para poder enseñar es necesario, en primer lugar, despertar el interés, suscitar la curiosidad, en una palabra, atraer.

Los museos, en la actualidad, tratan de atraer a la comunidad, procuran que los miembros de ella los visiten con el mismo placer con que van al teatro o a una conferencia. Para ello, el Museo se vale de variados recursos. Algunas veces, sale de sus puertas mediante una propaganda serena y eficaz. Por ejemplo, en París se han hecho exposiciones en el Metro. El Museo de Panamá, ha enviado colecciones a Ferias agrícolas y arqueológicas provinciales. Mediante conferencias radiales se explica la importancia cultural de esa institución. Afiches llamativos, sabiamente distribuidos tanto en los diversos centros culturales como en los sectores de trabajo. Aún, como orgullo nacional, en la guía turística. Esto, en lo que concierne a la atracción externa. Pero quizá la parte más importante está en la atracción interna. Es decir, en presentar la riqueza acumulada en una forma que atraiga, que robe las miradas y el interés, que enseñe, que aclare conceptos, que motive a la investigación, a la discusión, a la hipótesis. Para ello el museólogo se vale de técnicas artísticas tales como contrastes de colores, iluminación adecuada, juego de luces, sensación de espacio y claridad, lugares para descansar, atención especial para los niños, etc.

El Museo en sí, debe contar con un edificio amplio que permita la exposición especializada y técnica de las colecciones; debe contar con una sala de conferencias y proyección, biblioteca, salones de investigación, gabinete de restauración y conservación, sala de exposiciones periódicas renovables, etc. Debe presentar pues un ambiente acogedor y atractivo que invite al estudio y la investigación.

En la exposición del material se debe ser muy explícito. Cada objeto, o cada complejo de elementos, debe llevar una tarjeta explicativa corta y concisa que logre ilustrar, saciar la curiosidad inmediata del observador sin cansar con larga lectura. Mapas localizadores y fotos explicativas, aclaran aún más el tema. El objetivo de ello es que al dejar una colección para pasar a otra, el observador lleve una idea precisa (cronología, lugar, tipología, utilidad) de lo visto.

El personal del Museo debe ser especializado. La riqueza nacional que constituyen los elementos arqueológicos, etnográficos y científicos no puede dejarse en mano de ignorantes en la materia. Específicamente, la dirección, el departamento de restauración y la biblioteca deben contar, como exigencia, con especialistas.

Los guías deben poseer amplios conocimientos no sólo sobre lo que expone el museo sino también sobre lo que se derive de ello. En las labores de esta índole y en las de catalogación son admitidos, en muchos museos, estudiantes universitarios.

En ciertos casos se cuenta con personal especializado para la aten-

ción de los niños y con salas, horarios y programas dedicados a ellos. Cuando se carezca de ello es menester que los guías posean una preparación de distintos niveles.

En Noruega y Nueva Zelandia los museos brindan cursos de capacitación a los estudiantes de magisterio para que se desempeñen como guías al recorrer las galerías con sus alumnos. Igualmente se presta el museo para que los aspirantes a maestros y profesores realicen las prácticas de la enseñanza. Mediante ciclos de conferencias dictadas por especialistas, del personal o bien invitados, se despierta el interés por las colecciones y patrimonio de esta institución; se ilustra sobre temas científicos; se despierta el sentimiento de respeto por la riqueza arqueológica, etnográfica histórica y científica.

En todas estas formas, educando, instruyendo, dando a conocer, el Museo cumple con su obligación de servir a la comunidad.

El Museo y la investigación:

Todo Museo debe ser un sereno y fecundo lugar de investigación. Para ello, deben existir en el edificio salas "ad-hoc". Las riquezas arqueológicas y etnográficas de éste, tanto como las de zoología y biología permiten a los estudiosos examinar, debidamente preciosos ejemplares que en otra forma no llegarían a sus manos.

Los investigadores pueden ser, además de los del personal del Museo, estudiantes universitarios que realicen sus estudios para tesis de grado, o bien científicos particulares a quienes esta institución ofrece sus colecciones para un serio estudio.

Lo ideal sería que el Museo contara con medios propios de imprimir los estudios que se realicen en ella. Estudios y guías que podrían ponerse a la venta en el mismo Museo para los visitantes interesados.

La biblioteca del Museo constituye la condición sine qua non para el trabajo de investigación; en ella debe encontrarse toda la bibliografía general y especializada, sobre los temas o el tema al cual el plantel se dedique. Igualmente, mantener al día y en buen estado, una colección de fotos, transparencias proyectable y películas ilustrativas.

La sala de restauración y conservación es otro departamento indispensable. En él, los especialistas trabajan para lograr que el material que llegue al Museo se presente y se conserve en la mejor forma, según los distintos criterios de restauración y conservación, para la exposición e investigación.

El Museo Nacional de Panamá:

Para terminar, es menester derivar de lo arriba expuesto una comparación a nuestro Museo Nacional.

Este no es un museo especializado en una sola materia. En sus salones y galerías encierra colecciones arqueológicas, etnográficas, históricas, zoológicas, y algo de artes plásticas.

De ellas, la más rica y valiosa es la de arqueología, que ha sido elogiada por científicos de la talla de Paul Rivet, formada esencialmente por cerámica pre-colombiana de Veraguas, Chiriquí, Herrera y Coclé que suman alrededor de 3,000 ejemplares. En cuanto a la orfebrería, 200 unidades de oro y "tumbaga" elevan incalculablemente la riqueza de la sección arqueológica. No podemos dejar de mencionar tampoco en esta sección los célebres monolitos de Barriles.

La colección etnográfica, cuenta con material recogido en las tres tribus indígenas panameñas que subsisten en la actualidad: Cuna, Chocó y Guaymí.

La sección de historia reúne reliquias coloniales y de la época republicana.

Las colecciones de ciencias naturales están representadas por ejemplares de plantas disecadas y especialmente de la fauna de Panamá (moluscos, reptiles). También hay algo de paleontología.

La colección de artes plásticas es pequeña y cuenta con cuadros de artistas nacionales exclusivamente.

La biblioteca, si se puede hablar de ello, es sumamente reducida, y casi todos los volúmenes son de la propiedad particular del director, quien generosamente los pone a la disposición de los interesados.

Carece sí, de muchas cosas. Sala de conferencias y proyecciones, gabinetes de restauración y conservación, adecuada biblioteca, anaqueles modernos, buen sistema de iluminación, más salas para exposición ya que las existentes son pocas para exponer tanta riqueza, personal subalterno especializado, salas de investigación.

La voz del director se ha elevado innumerables veces para pedir reformas, ayuda material, etc., con el fin de ampliar el edificio y ponerlo en condiciones. Desgraciadamente, aún no se le ha dado a ello la debida importancia, y si algo se ha concedido no alcanza, en el estricto sentido de la palabra, ni para levantar un techo.

Y ésto es de lamentar. La labor educativa que aún en esas condiciones brinda nuestro museo, podría llegar a ser mucho más amplia y efectiva. Sus riquezas acumuladas podrían constituir rico filón de investigación. Los especialistas panameños se prestarían gentilmente a dictar conferencias al público en base a las colecciones existentes. Pero para ello se necesita la ayuda oficial. Pero no ayuda de promesas y de frases comprensivas. Ayuda material que faculte a su director y a los que se preocupan por esta institución, a convertirla en un museo moderno, que cumpla con sus deberes de educación e investigación y de esta manera sirva a la comunidad y a la patria.

CURRICULUM VITAE

Reina Torres de Iannello:

Profesora de Historia. Licenciada en Antropología. Técnica de Museos (títulos obtenidos en la Universidad de Buenos Aires, Argentina).

Profesora de Antropología y Prehistoria en la Universidad de Panamá.

Profesora de Antropología y Prehistoria en la Universidad de Panamá.

Presidente del Comité Nacional de Museos. Unesco, Panamá.

Ha publicado un libro sobre "La mujer Cuna" en México, y artículos en diversas revistas.

DESASOSIEGO

(Un Cuento Mexicano)

Por JORGE TURNER

(Panameño)

Esta mañana (el sol muy alto), sentado en mi cómodo butacón de cuero jubilado, desde donde suelo hacer el resumen mental de mi pasada vida, ha vuelto a mi memoria un suceso imborrable que últimamente me acosa a toda hora. El acontecimiento no fue tan extraordinario o nunca ha vuelto a escapar a mi recuerdo porque me sirvió de terapia definitiva para curarme de la miseria de la vanidad y de la desumanización.

Era yo todavía joven y, en mi calidad de jefe de oficina, un subalterno modestísimo. Chano Barrios, me había invitado al cumpleaños del menor de sus ocho hijos.

Chano Barrios, el burócrata de ínfima categoría, era un hombre mansurrón y apocado, de esos que con frecuencia recuerdan aquella famosa Bienaventuranza del Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los mansos porque ellos recibirán la tierra por heredad".

Yo, al principio, tuve dudas en asistir. Ciertamente me hizo gracia lo de las invitaciones impresas que, para el cumpleaños, hizo cursar el pobrete de Chano — "semejante desconocimiento de las prácticas establecidas es alarmante", me había dicho —, pero la indecisión seguía en pie. Empero, a última hora decidí ir. De no asistir, (de acuerdo con mi concepto juvenil de las cosas), la pasaría aburrido al lado de mi esposa que, bondadosa y todo, nunca me comprendía. La consideraba incapaz de descubrir los hilos sutiles que movían mis razonamientos. "¡Atroz!"

Tenía como aliciente, desde luego, el hecho de que las fiestas en que se celebran aniversarios de niños siempre son un pretexto para que se reúnan los mayores, aunque, de todos modos, seguía privando en mí la preocupación por la asistencia a fiestas "tan humildes", en las que nunca me sentía a mis anchas, y en las que, con frecuencia, el monstruo interior, maniatado, de los concurrentes, rompía las cuerdas para desbocarse, generando la festividad en trifulca. Había pensado en que toda la sumisión y todo el respeto de que esa clase de personas daban muestras en su cabal juicio, se esfumaba como polvo que se esparce a los cuatro vientos, en cuanto tomaban licor, y que me corría el riesgo de que fueran a hacerme alguna inconveniencia.

Iría, entonces, pero "como jefe". Eso era. Un jefe escrupuloso debe conocer bien a sus subordinados... Hasta en su vida privada. Como este conocimiento lo consideraba útil para la eficacia de las labores a desarrollar iría, pues, a casa de Chano Barrios, un poco en plan de trabajo. Además, me convencí de que me haría respetar. ¿Acaso no pensaba en ese entonces que contaba con una personalidad que era un valladar?...

Llegado el momento oportuno, hacia la celebración encaminé mis pasos. Localizado el número correspondiente de la calle de Soto me introduje en una casa sórdida. Una vez traspuesto el zagúan, y siguiendo por el patio, hasta atrás, a mano derecha, me encontré con la vivienda de Chano Barrios. En ese día, las paredes de la habitación parecían distenderse como un corsé con una gorda dentro, para darle cabida a tanto festejante. Además del apretujamiento increíble de gentes, había una atmósfera ya enrarecida, con todo y que la fiesta tenía poco de haber comenzado; se oía una algarabía ensordecedora, que presagiaba tormenta, y se encontraban niños desparramados por el suelo, jugando con desenfado no obstante que corrían grave riesgo de ser pisoteados.

Habiendo ido, como ya dije, un poco en plan de trabajo, me puse a observar. A pesar de la concurrencia me dí cuenta que la vivienda de Chano Barrios se componía de una habitación amplia, bien es cierto, pero al fin y al cabo de una única y exclusiva habitación. Hacia el fondo una cocinita... y nada más. El sanitario brillaba por su ausencia. Era probable que se encontrara en el patio y fuera de uso comunal.

Terminada mi exploración superficial no dejé de sentirme molesto entre tanto desconocido. A Chano Barrios no lo veía, y ya desde el principio me había disgustado no verlo en la puerta, esperando para recibirme como yo consideraba que merecía, ¡que para eso era su jefe! Abordé a una señora:

--Y... ¿el señor Barrios?

--En la cocina.

Pues, dígame qua ya está aquí su jefe.

--Enseguida voy, señor .

Una vez que la mujer se hubo alejado hice ciertas observaciones. "En qué espantosa promiscuidad viven estas personas — reflexioné —. No veo una cama. Lo más probable es que por la noche, para dormir, tiendan petates en el suelo"...

Poco después Chano llegaba junto a mí. El hombre se veía amoscado. Yo concluí en ese momento que me había invitado pensando en atraerme porque eso siempre posibilita un aumento de sueldo o, por lo menos, la conservación del empleo, y ahora debería estar pensando en que

había cometido la primera pifia. Desconcertado no atinaba a atenderme. Se excusó a duras penas, con voz apagada, y luego pasó a decirme que aún necesitaba ayudar a su esposa a desplazar a los niños y a algunos invitados hacia el patio, agregando:

- Si no hacemos eso no podremos servir la mesa.

- Está bien, está bien - aprobé con un tono en que se traslucía la recriminación.

Hagamos una cosa - dijo Chano preocupado- . Mientras tanto, para que no esté solo, le voy a presentar a mi compadre Pepe. Es un hombre próspero, pues es el dueño de la cantina de la esquina. Creo que se entenderán.

Me condujo hacia donde se encontraba el tal compadre, hizo las presentaciones de rigor, medio nos instaló en dos sillas desvencijadas, y nos abandonó.

El compadre Pepe resultó ser un español chaparrego y fornido, de mandales desenvueltos que me parecieron vulgares. El hombre, locuaz, peoraba. Yo contestaba con monosílabos. De repente el español, elevado la voz por encima del bullicio de los ahí reunidos, me preguntó:

¿No ha tomado usted nada?

¡No!

¡Venga, hombre! ¡Cómo es posible! Si yo pago esto hay que tomar. Mire, seamos prácticos. Aquí no tienen tiempo de servir a nadie. En la mesa hay varias botellas de cerveza. Sirvámonos nosotros mismos.

- Está bien.

Nos dirigimos a la mesa y nos proximos debidamente. Dirigí la mirada hacia un rincón de la pieza y quedé mudo de terror. Ví un muerto. Sí, un muerto... y en una fiesta.

Había pensado, al entrar, que en la habitación no existía una sola cama. Ahora había visto una. Semi-oculta por la mesa, un montón de cachivaches y la cortina humana que formaban algunos invitados, no había reparado antes en ella. Pero no tenía eso mayor importancia. Hacia la cabecera se veía un crucifijo negro, de madera, burdamente tallado. Era enorme e impresionante. Y sobre la cama... un hombre. Un hombre inmóvil, con la vista clavada en el techo. Era un muerto. Retrocedí algunos pasos y la mesa me ocultó la escena macabra. Volví a avanzar, y esta vez un ligerísimo parpadeo del cuerpo inmóvil me dió a entender que en él se alojaba vida. Respiré mejor, sin recobrarne completamente de la impresión.

—¡Venga, hombre! —me gritó el compadre Pepe, dándose cuenta de lo que me había ocurrido—. No es usted la primera persona que se

asusta. El anciano lo que tiene es una parálisis general.

- ¿Quién es? —pregunté.

El padre de Chano.

Lo que no me explico es que, en el colmo de la inconciencia, se celebre una fiesta habiendo un señor en tales condiciones.

—Venga, hombre, no exagere. Lo que pasa con usted es que está "impresionado".

Después me explicó que el anciano tendido en la cama disfrutaba con la fiesta porque ello contribuía a romper la monotonía de su vida condenada a la eterna inmovilidad, y que la presencia del enfermo, por años y años, no obligaba a un permanente desasosiego. Pero yo hacía lucubraciones por otro lado: pensaba en la deshumanización, vista en forma abstracta; en el egoísmo del hombre, como género, que no sacrificaba nada con tal de saciar sus deseos. "No había duda que el hombre era el enemigo del hombre".

El español me condujo a donde yacía la figura inmóvil: "Para presentármelo", según dijo. Dirigiéndose al hombre en la edad proveya le explicó que le presentaba al jefe de su hijo. Con un rápido parpadeo de los ojos, el anciano dió a entender un "mucho gusto, señor".

Yo contesté el saludo. Más tarde, en un alarde de familiaridad con el enfermo, el compadre Pepe preguntó si quería fumar. Otro rápido parpadeo trajo una respuesta afirmativa. Pepe le colocó un cigarrillo encendido entre los temblorosos y convulsos labios. Una vez que el anciano hubo aspirado el humo, le retiró el cigarrillo de la boca.

Yo observaba al anciano. Una red de venas le cruzaba la frente en todas direcciones. Estaba cubierto con una sábana que la impresión convertía casi en sudario. Tenía el cabello blanco y un rostro noble. De esos rostros que tiene la gente que ha sufrido mucho. Su cara no era de las que se olvidan con facilidad.

* * *

La primera mesa fue servida. Yo presidía. A mi derecha: el español. En la cabecera opuesta de la mesa: un sujeto apergaminado, bilioso, grotesco, desgachado y de sonrisa cínica. Me puso los pelos de punta desde que lo ví: me resultaba antipático porque veía en él una encarnación moderna y singular de Tersites. Los otros comensales no me llamaron la atención.

El pobre de Chano Barrios se había excusado otra vez. Yo creo que él sentía que era necesario vencer la inhibición que lo embargaba cuando estaba junto a su jefe, ganarme a pulso atendiéndome y resultándome agradable, pero no podía. Pretextó, para no sentarse a la misma mesa, que las personas importantes deberían comer primero y que él comería después.

Ahora se encontraba en el centro de la habitación, guitarra en ristre. Era cosa de verse y no creerse: el apocado y mansurrón burócrata, transfigurado, se encontraba plantado en el centro de la ola de gente bulliciosa y miradas desvaídas por el alcohol, siendo aclamado para que cantara. Empezó con "El Corrido de Rosita Álvarez", y era coreado por niños orinados o asustados que gritaban, llorando, su protesta.

Yo comía el *mole* con apetito voraz. Pero ni el platillo sabrosón, ni "El Corrido de Rosita Álvarez", ni el escándalo ensordecedor habían logrado desterrar de mi mente la impresión que me causara el rostro venerable del anciano postrado. La canción tenía acentos lúgubres para mí. Me detuve en la comida... "Y a la pobre de Rosita no más tres tiros le dió..." Cuando fui a reanudar la comida observé el tenedor. Estaba marcado en el mango con un hilo verde. Miré la cuchara, y de ahí el cuchillo. También estaban marcados. La imaginación montó en una nube y voló rauda.

"El anciano", pensé. "El anciano padece una enfermedad infecto-contagiosa, y sus cubiertos han sido marcados para diferenciarlos de los demás. Ahora me han tocado a mí. Es el colmo del descuido".

El corrido de Rosita Álvarez había terminado. Todos aplaudían. La canción volvió a desplegar sus alas. Esta vez era: "La Llorona". Chano Barrios estaba inspirado y cantaba con entonación.

Mi espíritu delicado, que no era más que mi estómago delicado, naufragaba por entre los escollos del incidente. "Maldito Chano Barrios... pensé... Hacerme esto. Mañana mismo lo ceso, mañana"... "Hermoso huipil llevabas, llorona, que la virgen te creó"... "Si crees que canta tan bien no sé por qué no va a ganarse la vida como guitarrista". Los gritos de los niños me horadaban los sentidos. "El anciano, el anciano"...

Las canciones se sucedían, interminables. La náusea me invadía a ratos, como un péndulo que se mueve muy lentamente en dirección contraria, y de arriba abajo. La molestia subía y bajaba. Iba y venía. Me atacaba y me dejaba... "El anciano, el anciano"...

Estaba sudoroso, con un sudor frío. Sentía mi mirada languidecer bajo la presión del malestar interior.

Con todo y la molestia pensé en reclamarle a Chano Barrios su descuido. Pero... después de todo, ¿cómo hacerlo si no tenía la seguridad de que, efectivamente, se tratara de los cubiertos del anciano? Miré a mi alrededor, observando que todos comían normalmente, ajenos a la tragedia que me circundaba. Menos mal. Por de pronto deduje que era probable que tuviera el rostro descompuesto por la aprensión que me atenaceaba, pero parecía que nadie había notado nada... ¡Ah, caray! El sujeto bilioso me miraba, con su sonrisilla cínica, como si comprendiera. Me asaltó una irritación sorda contra el tipejo. De repente sentí unas fuertes palmadas, moleestamente familiares, en la espalda.

—¡Venga, hombre! ¡Qué le pasa! Ya tiene rato de andar con la imaginación viajando y no le hace justicia al *mole*. ¡A comer, a comer!

Haciendo un esfuerzo le correspondí al español con una sonrisa de asentimiento. El peninsular había vuelto a enfrascarse en la comida, haciendo gran ruido, y ya no me observaba. Menos mal. De lo contrario estaría perdido. Tenía que hacer algo. No podía seguir así, en esa actitud pasiva, sin decidirme a nada, y con el engranaje del sistema digestivo funcionando anormalmente. Reclamarle a Chano Barrios era difícil, ya que se encontraba en el centro de la ola de gentes bulliciosas y miradas desvaídas por el alcohol, siendo aclamado para que siguiera cantando. Además no tenía la seguridad... Mi reclamación daría motivo a que fueran a verificar lo que decía, y si la cosa no era como me imaginaba quedaría enterrado en el cieno del ridículo. Pensé en confiarme al compadre Pepe, pero no... no debía ser. Era un hombre vulgar capaz de hacer una broma grotesca delante de todos y mi personalidad saltaría hecha añicos. Me molestaba que yo, un jefe, un hombre que siempre había sido capaz de resolver situaciones complejas, me encontrara ahora atrapado entre las redes de un asunto que no debiera tener importancia, sintiéndome cada vez peor, sin atinar a hacer nada. Estaba en un callejón sin salida, pues Ter-sites, digo el apergaminado, persistía en mirarme, sonriendo siempre y haciéndome sentir como descubierto. Era seguro que había notado que tenía tiempo de no llevar bocado a la boca. Empuñé mecánicamente la botella de cerveza que tenía a mi izquierda, tomé un pequeño sorbo, y... ¿habría visto bien? En la cuchara que ahora esgrimía el compadre Pepe ví, con claridad, el signo maldito. Sí, el hilillo verde, causante de mis congojas, resaltaba también en el mango de la cuchara del amigo fortuito... y hasta en el cuchillo y en el tenedor. Cobrando nuevos impulsos miré a otro comensal, y a otro, y a otro. “¡Qué extraña manía!” Todos los cubiertos aparecían igualmente marcados. ¿Entonces no se trataba de lo que pensaba? La impresión que me causara el creerme contagiado por el anciano

cedió un poco. La náusea, que arrancando de mis extrañas en forma de espiral, me llegaba a la cabeza, disminuía, aunque no del todo. Aún me quedaba algo de ese mareo que me acometía de manera semejante al vaivén del *swing* de un bateador, y que me hacía sentir como que me iba, que me iba... para luego recobrarne. "¡Qué extraña manía! ¿A qué se deberá? A Chano, de todo modos, lo ceso". Sin embargo, esta decisión ya no tenía el mismo convencimiento de momentos antes. Era cosa de sostenerse en lo pensado un poco por inercia. Pero me mantenía intrigado lo que me parecía una conducta sin par: eso de marcar cubiertos.

Una niña llorando, seguramente su hija, se acercó a Tersites y le dijo al oído algo imperceptible. Luego vino la contestación, pronunciada en voz alta como para que todos los comensales se enteraran:

Vamos, no llores porque la hija de Chano no te haya querido prestar ese juguetillo barato. El lunes mismo te voy a comprar uno mucho mejor. Y le dio unas palmaditas despidiéndola.

No presté mayor atención. Mi mente se encontraba fija en el propósito de descifrar el enigma que parecía insoluble. Me sorprendí mirando a contraluz, con el brazo en alto, un tenedor. Mecánicamente, y de manera increíble, había levantado el brazo. Alarmado, miré en mi derredor para ver si habían notado el gesto sin control. Tenía que ser. Ahí estaba la risita burlona del bilioso. Me acometió tal cólera, que el golpeteo de sangre en las sienes tuvo la virtud de desdibujarme la cara del cínico. La veía en penumbra, brumosa. Casi era una risa sin rostro lo que percibía. Había tenido reparos en asistir a la fiesta, pensando en la posibilidad de que se armara un caramillo, cosa que me molestaba, pero ahora estaba a punto de levantarme e ir a sacudir por las solapas a aquel sujeto. Poco a poco me fuí controlando. No obstante, le dirigí una mirada retardadora. Tersites, espantadizo al parecer, casi metió las narices en el plato, simulando comer. Yo, disgustado, me volví hacia el español, a mi derecha, y como en un murmullo le pregunté:

- ¿Quién es el tipo que está sentado en la cabecera opuesta de la mesa?

- ¿Quién? ¡Ah... es el que subarrienda las vecindades! Si no fuera por él no estaríamos comiendo ahora.

- ¿QUEEEE?

- Sí, hombre, sí. ¿De dónde cree usted que iba a sacar Chano los cubiertos suficientes para que comiéramos todos? El no pasa de unos cuantos. El señor le hizo el favor de prestarle el resto. ¡Pero si hasta han sido marcados para evitar que se confundan con los de la casa.

Yo, liberado, no de un buitre que me devorara las entrañas como a Prometeo, pero sí de la aprensión fatal, sentía una suave y nueva música en mi alma. Yo, que no dejaba de ser un jefecillo de tantos, debía haber comprendido todo, de golpe, si no hubiera sido un hombre, por esa época, acostumbrado a encerrarme en mi torre de marfil. Del hondón de mi memoria surgían, ahora, recuerdos de préstamos semejantes. Eso se hacía diariamente, en todas partes. Pero grilletes más pesados que las consideraciones de la realidad aherrojaron mi mente, paralizándola e impidiéndome ver con claridad. Aunque algunos resabios del malestar quedaban, me invadió una profunda ternura hacia el liberador inconsciente. Me abalancé sobre el peninsular, le prodigué un abrazo, diciéndole, además, que realmente no tenía hambre; que había decidido incorporarme a los que cantaban.

Una vez que me hubé ausentado de la mesa, el peninsular comentó, alcanzándolo yo a oír y sin que me importara:

¡Venga, hombre! Qué extraño el jefe de Chano Barrios. Primero se conduce con sequedad, y ahora, sin que venga a cuento, me abraza y me apretuja como un feminoide vulgar.

* * *

Tal es el suceso, cuyo recuerdo me acosa en mis tranquilos días de jubilado. El acontecimiento, como dije al principio, no fue tan extraordinario, pero me sirvió de terapéutica, desde entonces, para curarme de la misecia de la vanidad.

F I N.

Cuento de Lotería

Por ELIAS ALAIN

(Panameño)

*Una muchacha bonita
muy dada a la fantasía
y de nombre, MARGARITA
razonando, así decía:*

*Soy simpática y graciosa,
su encanto me dió natura,
y por linda y primorosa
todos cantan mi hermosura.*

*Yo que a veces coqueteo,
me gusta oír entre brumas
las lisonjas de un Romeo,
pero odio a los pichicumas.*

*Para ser dichosa espero
que me traía la alegría
el año que inicia Enero,
un premio de Lotería!*

*O que un Príncipe romano
estilo a lo Marco Antonio,
pida a mis padres mi mano
para unirme en matrimonio.*

*Con este azul pensamiento,
su fantasía sin reproche
le hacía soñar con un cuento
de las Mil y una Noche.*

*Pero el Destino baraja,
al pasar nos dá una cita,
y muchas veces ultraja
a la mujer más bonita.*

*Y sucedió que un borracho
parecido a Lole, jeo
se ganó este mamarracho
el premio del gran sorteo.*

*Como estaba enamorado
de esta linda Princesita,
le propuso el condenado
matrimonio a Margarita.*

*Ella al ver su hogar ruinoso,
miserias aquí y allá,
tomó al Pichi por esposo
y se dijo: qué más dá!*

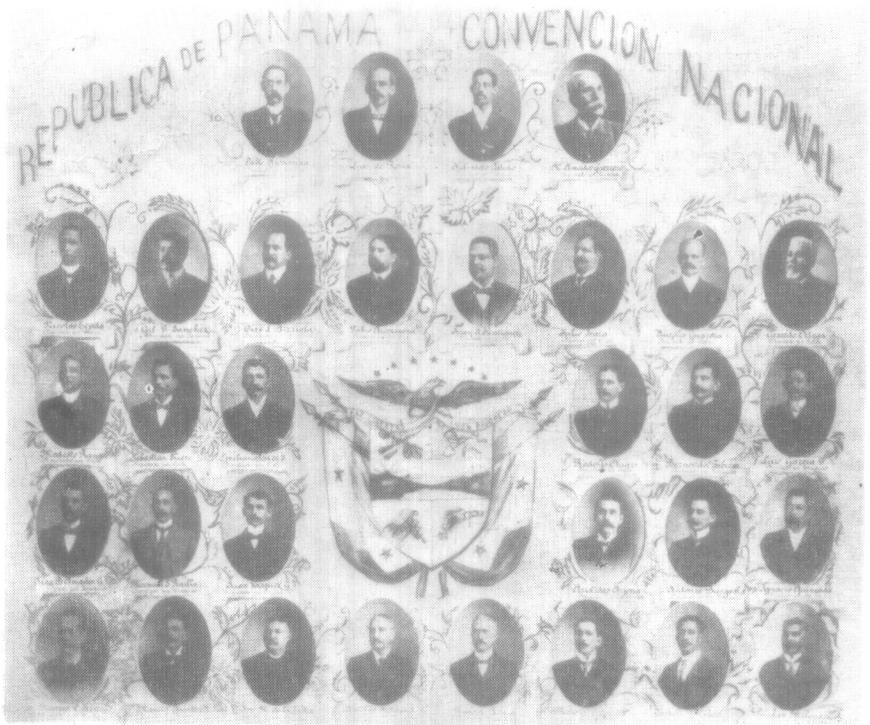
*Pero de una borrachera
murió este LOLE en la orgía,
y Margarita, hechicera,
heredó la Lotería!*

Panamá, enero de 1958.

A los 54 años de la instalación de la Convención Nacional Constituyente (15 de Enero de 1904)

El Gobierno Provisional de la República expidió el Decreto número 25 de 12 de Diciembre de 1903, por el cual convocó a una CONVENCION NACIONAL CONSTITUYENTE y el día 14 lanzó un MANIFIESTO sobre la manera como le correspondería a esa Constituyente la labor patriótica de dictar la Constitución del país, en forma armónica con el movimiento trascendental del 3 de Noviembre.

El 27 del mismo mes de Diciembre se verificaron las elecciones para miembros de la Convención.



La Convención Nacional Constituyente, compuesta en número igual de 16 conservadores y de 16 liberales, se instaló el 15 de Enero de 1904 en esta ciudad, en la Plaza de Bolívar, en el local ocupado hace poco por el Colegio La Salle y tiene hoy el Colegio San Agustín, de los Padres Agustinos, Calle Tercera. Eligió Presidente al Dr. Pablo Arosemena; Vicepresidente al Dr. Luis de Roux, y Segundo Vice-Presidente al Dr. Heliodoro Patiño.

Estuvo integrada así:

BOCAS DEL TORO: Alberto García de Parcdes, Pacífico Meléndez P., Rafael Neira A. y Cástulo Villamil.

COCLE: Rodolfo Chiari, Emiliano Ponce J., Modesto Rangel y Sebastián Sucre J.

COLON: Aurelio Guardia, Juan Antonio Henríquez, Julio Icaza y Gerardo Ortega.

CHIRIQUI: Manuel C. Jurado, José M. de la Lastra, Manuel Quintero V. y Nicolás Victoria J.

LOS SANTOS: Aristides Arjona, Antonio Burgos, Ignacio Quinzada y Juan Vásquez G.

PANAMA: Manuel Amador Guerrero (reemplazado por Demetrio H. Bred). Fabio Arosemena, Pablo Arosemena, Luis de Roux, Gil F. Sánchez, Heliodoro Patiño, Nicolás Tejada y Ciro Luis Urriola.

VERAGUAS: Juan B. Amador G., Bernardo E. Fábrega, Luis García Fábrega y Manuel S. Pinilla.

“El Farallón”

Por *OLMEDO GUILLEN*
(Panameño)

*“Que triste aquella huella que en la arena
deja el que parte, y pisa el que se queda
mientras aquí y allá muere la pena”.*

— (Rogelio Sinán)

Nada más apacible y acogedor para temperar en un fin de semana que las playas de “El Farallón” en jurisdicción de Río Hato.

Río Hato nos trae siempre recuerdos de la última guerra mundial por su importancia como base aérea militar.

Las playas de “El Farallón” se encuentran a una distancia de la ciudad Capital aproximadamente de sesenta y cinco millas.

Llegamos allí en automóvil y a través de la Carretera Central desviándonos hacia la izquierda y luego tomamos por el centro de la vía por una magnífica carretera pavimentada ya, al extremo, están siutadas las famosas y atractivas playas que aquí se menciona. Exactamente hay que recorrer por donde estaban localizadas las instalaciones de la célebre base aérea de Río Hato. Paralela a esa vía se halla la enorme pista aérea que sirvió de asiento a veloces y pesados aviones militares pertenecientes al Coloso del Norte.

“El Farallón”, es un enorme peñazco que se distingue a larga distancia. Su configuración es imponente, majestuosa. Y está enclavado en el mar, no muy lejos de sus plateadas arenas. Su color grisáceo o verde esmeralda se destaca conforme brillen los rayos del sol o los reflejos de la luna. Es esplendorosa la vista que ofrece “El Farallón” rodeado de mar, playa y cielo. El panorama es incomparable. En lontananza resaltan las cristalinas aguas marinas, la blancura de sus arenas, como pañuelos sempiternos.

El lugar invita al esparcimiento y sus preciosos baños de mar lo hacen de lo más agradable y sugestivo.

A sus alrededores y muy cerca de estas bellísimas playas, poco conocidas por los turistas y muchísimos panameños, se ubican pequeñas campiñas donde abundan los cocoteros.

Las verdes palmeras añaden más belleza a la región.

Nos hace más simpático el sitio la sencillez y gentileza de sus moradores

A la pesca se dedican la totalidad de sus habitantes. Botes y canoas, redes y enseres de los pescadores son objetos que resaltan a la mirada del visitante de este paradisíaco balneario natural.

Es tarea de titanes el trabajo aventurero y peligroso de estos fornidos hombres que se ganan la vida arrancándoles productos al mar. El esfuerzo que despliegan en ésta actividad es digno de loa. Su optimismo y navegar sobre el mar es cosa de su propia vida.

Es sencillamente regocijante saborear una merienda en las orillas de las espléndidas playas de "El Farallón" y de sus frescuras brisas. En "El Farallón" se plasma en toda su plenitud la embrujadora belleza tropical. Entonces, es indiscutiblemente halagador al espíritu visitarlo y recrearse en él.

Contrasta la apalacible calma que se nota por estas regiones con el tiempo cuando Río Hato llegó a ser una base aérea en que continuamente se escuchaban los sonoros ruidos de los aviones en marcha y el constante ajeteo de los preparativos bélicos.

Hoy, a cada instante, rompen la quietud del ambiente gritos de guerra. La humanidad se ve constantemente amenazada hacia su destrucción.

"El Farallón", es un paisaje singular. El pacífico vaivén de las olas, la suave brisa que acaricia sus verdes palmeras, la tranquilidad que se siente en el lugar y la quietud de su mar azul lo mantienen enhiesto, firme, portentoso e inmóvil, invitándonos a conservar la paz que cue'l vivo centella el símbolo.

SUSTO ASCENDIDO A COMENDADOR



El 8 de Enero de 1958, en el Palacio de la Cancillería, le fue impuesta al historiador, periodista y co-editor de "Lotería", don Juan Antonio Susto, la venera de la Orden de Vasco Núñez de Balboa, en el grado de Comendador, por S.E. el Vice-Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Ernesto Castellero Pimentel.

En la foto, de izquierda a derecha, aparecen el Profesor don Ernesto J. Castellero Reyes, ex-Director de la Biblioteca Nacional; Profesor don Rubén Darío Carles, ex-Ministro de Educación; señor Susto; Profesor Dr. Castellero Pimentel; Licenciado Domingo Henrique Turner, Asesor Legal de la Presidencia de la República, el Profesor Licenciado Rodrigo Miró, Director del Archivo Nacional de Panamá, todos miembros de la Academia Panameña de Historia, con excepción del Ldo. Turner.



La revista que publica la Lotería de Panamá, es algo que merece ser leído por todos los inclinados a las cuestiones del espíritu. Esa revista contiene cada mes muy importantes artículos sobre Historia, sobre economía, sobre asuntos sociológicos, y todo ello en vinculación con nuestro medio panameño. Además se insertan en ella variadas producciones literarias —prosa y verso— de las mejores plumas nacionales. No existe hoy en el país ninguna otra revista del mérito de la que vienen publicando la Lotería Nacional. Ella es en sí una lotería que se ganan mensualmente, sin la compra de billete, aquellos que la reciban como —siempre con puntualidad— la recibe Juan del Istmo.

Y a propósito de esa revista... Juan del Istmo no sabe cuánto gasta la Lotería en esa publicación. Pero bien valdría la pena que la bien organizada Institución dedicara unos balboas más —si acaso ello es necesario— para aumentar el tiraje. Unos dos mil ejemplares adicionales a aquellos que actualmente se reparten entre el público, resultarían convenientes para hacer más eficaz ese instrumento de cultura. Y Juan del Istmo corre traslado al doctor Carlos Mendoza de la presente insinuación. Mendoza —todo un patriota— seguramente ayudará a extender este sistema de afianzamiento de cultura...

(“El País”, viernes 24 de Enero de 1958).

Sur. En suma, nos encontramos en aquel momento sobre la línea recta que me a Acantí con nuestro punto de partida, no quedando, por tanto, más que seguir adelante, pues algo más abajo, al través de la maleza, descubrimos algunos puntos elevados, que podrán servirnos de observatorio para inspeccionar detenidamente el país y saber a qué atenernos.

Extraviarnos en aquellos momentos hubiera sido un suceso de todo punto lamentable; era necesario proceder con suma cautela, pues con la mayor facilidad podía ocurrir que nos aventuráramos por pendientes que en vez de acercarnos, nos alejaran indefinidamente del punto a que debíamos llegar. El más ligero error podía ser causa de un sinúmero de peligros, en los que tal vez pereceríamos; nos hallábamos lejos de todos los puntos en que podíamos reforzarnos; nuestra alimentación podía decirse que iba medida; así es que, aún sin querer, acudía a nuestra memoria el recuerdo de tantos y tantos como han perecido en las exploraciones que de distintas comarcas se han intentado, y no podíamos menos de considerar con horror las luchas, sufrimientos y dolores de los que, perdidos en las selvas, pasando y repasando, sin advertirlo, cien veces el mismo camino, se veían condenados a una segura muerte.

Después de tomarnos un cuarto de hora de reposo, nos pusimos nuevamente en marcha, descendiendo por la curva opuesta a la que habíamos subido. La niebla que momentos antes oscurecía nuestra vista, impidiéndonos ver, ha levantado, y podemos distinguir cuanto ante nosotros se extiende. Sobre los contrafuertes la selva crece en belleza, manifestándose más esplendente y rica; pero en el arroyuelo que seguimos, que cada vez se ahonda más, apenas si pueden vegetar algunas endebles ramas que crecen entre los restos de cuarzos y las tierras rojas; a cada paso damos un resbalón, pues con la humedad las tierras se han puesto blandas y suaves, desencajándose los guijarros, sobre los cuales, pisando en falso, venimos a tierra con gran facilidad. No hay por allí grandes elevaciones que subir, ni bajar, ni precipicios cuyo paso nos cree obstáculos; pero los conductores, cargados con exceso, apenas si pueden guardar el equilibrio, y tan cansados se manifiestan, que comprendo cuán inaudita crueldad sería hacerlos seguir, y lo poco que con tal empeño conseguiría, dado que poco después les sería imposible dar un paso más. Consideraré también hasta qué punto esto había de ser contraproducente, pues si en un día hacía que con exceso se fatigaran, al siguiente alcanzarían menos sus esfuerzos y sería mayor la pérdida que lo poco que habíamos ganado; así es que poco antes del crepúsculo di la voz de alto, acampando inmediatamente y disponiéndolo.

todo en la mejor manera para pasar la noche con menor incomodidad.

Aún no hemos pasado la curva superior, pero ya los contrafuertes comienzan a levantarse, y el valle se va estrechando cada vez más: una corriente de agua perenne se ha cavado un cauce, profundo entre dos orillas que parecen abiertas a pico; las cascadas en que el río salta de piedra en piedra, formando montes de espuma, van a aparecer bien pronto.

La humedad que ha quedado nos hiela hasta la médula de los huesos, y tiritamos bajo la brisa del Norte que fuertemente sopla de lleno en la garganta; todos los abrigos de que podemos disponer resultan pocos; aquel aire frío parece un agudo dardo que a través de todo penetra y por todas partes pasa. Para colmo de nuestra desgracia, todos los esfuerzos que hacemos son en vano, y con nada logramos encender fuego que nos reanime: todos los troncos que hallamos, todas las ramas de que echamos mano, están tan sumamente húmedas, que no logramos hacerlas prender. Los hombres que me acompañan, muchos de los cuales están acostumbrados a cuantos reveses puedan ocurrir en los bosques y en las montañas, hacen esfuerzos inauditos, sin conseguir nada, a pesar de que ejercitan cuantos medios les enseñó la práctica, y a los que yo añado todo cuanto la teoría me puede sugerir; más en vano, ni la frotación, ni la percusión, ni el caldeamiento, ni la mejor o peor colocación que damos a los troncos, ni nada, en fin, logra que el fuego se encienda; las cortezas chisporrotean y humean, pero nada más que esto, con lo cual lo único que logramos es agotar nuestra provisión de cerillas y de grasa. Esta contrariedad se hace desesperante en los momentos aquellos en que más necesaria nos era una alimentación reparadora, que al fin la necesidad nos obligó a sustituir por una gema compuesta de sardinas y anisado. Después de tan insustancial comida, cansado hasta más no poder, instalé mi hamaca, suspendiéndola entre dos árboles; pero con tan mala suerte, que cada balanceo me hace chocar con las rocas angulosas. Los demás se acurrucaron sobre las húmedas piedras, y durante toda la noche no dejaron de martirizarnos los *chitras*.

A la mañana siguiente nadie manifestó deseos de detenerse ni un momento más en aquel lugar donde tanto habíamos sufrido. El aire no había dejado de soplar en toda la noche, y estábamos verdaderamente aterrorizados, sintiéndonos débiles a causa del poco alimento que la noche anterior tomamos: así es que en breves instantes lo tuvimos todo listo, hallándonos dispuestos para partir, aplazando el desayuno para el momento feliz en que salgamos de la bruma y podamos encender fuego. Nuestra esperanza no tardó mucho en verse convertida en dichosísima realidad: algu-

unos momentos después el sol, al levantarse, disipó la bruma, despejando el cielo, y pude contemplar allá en lejanía la dilatada extensión del mar, colorada de amarillo rojizo por la reverberación de las nubes. Siguiendo atentamente aquella investigación que tanto nos interesaba, pudimos distinguir, apareciendo sobre las olas, una embarcación anclada, con casi todo el velamen suelto.

Como lo vemos a tan gran distancia, nos sobran motivos para suponer sea algún gran navío, sin duda *La Dupetit-Thonars*, que debe ya haberse fondeado en Acanti. Aquella vista nos colmó de alegría, causándonos dicha extrema, pues al fin veíamos el término de nuestra larga y penosa peregrinación; y tanto fue así, que, a pesar de las muchas dificultades, emprendimos el camino alegres y gozosos, sin pararnos en nada; nuestro objetivo era llegar cuanto antes, y para esto era forzoso realizar prodigios.

Ben pronto me asaltó una idea, que abatió mucho mi ánimo, dejándome sumido en una gran perplejidad; si aquel buque que a lo lejos se distinguía era efectivamente *Le Dupetit-Thonars*, como habíamos llegado a suponer, era evidente que su llegada la había efectuado el día antes; yo no podía en modo alguno llegar a Acanti hasta mañana después de medio día, suponiendo que siguiéramos del modo que nos habíamos puesto desde que divisamos el barco; y como este sólo había de permanecer fondeado en Acanti tres días, resultaba que no era posible que llegáramos a tiempo.

XXXVII

Dificultades de la marcha.—Ejercicios funámbulos.—Caída peligrosa.—LE DUPETIT-THONARS ha partido.—El cacique Ouisapilele.—Los INDIOS MANSOS de la tribu de Acantí.—Bahía y pantanos de Acantí.

A las seis nos pusimos nuevamente en marcha, observando que a cada paso la *quebrada* se hace más y más difícil, haciendo imposible, por tanto, que fuéramos con la celeridad que deseábamos: a cada arroyo que se pasa sigue una cascada que se precipita algunas veces desde bastante elevación; cada límite de confluencia está formado por un espolón abrupto, en los que si el salto no es completamente vertical, todo está reducido a irse agarrando a las puntas salientes, y ayudarse de una liana para bajar como se pueda. En esta operación, que es de las que más facilitan los pasos, se está expuesto a una caída terrible, pues por regla general los agarraderos que se arbitran están sumamente resbaladizos, y además, aunque la liana no se rompa, puede ceder fácilmente, arrastrada por el peso. Cuando es imposible efectuar el salto, no hay más remedio que recorrer todo aquel espolón, que por sinuoso que sea está completamente lleno de árboles rodeados de lianas, a las que hay que irse agarrando, con riesgo que alguna pertenezca a la mala especie, cuyo sólo tacto basta para levantar llagas y pústulas mortales en muchos casos, y en todos de difícil curación. En otras ocasiones no es posible hacer ni una ni otra cosa, sino remontar el torrente y ganar la cresta, por donde el camino es mucho más fácil: pero por la región que ahora recorremos se presenta tan quebrada, que a cada instante se separa o se bifurca. Los razonamientos, el hábito, el instinto y la práctica adquirida en estos dos años de exploración me ayudan bastante y me sirven no poco para comprender cuál es el conveniente camino y seguir por él en algunos trayectos, al cabo de los cuales solemos hallar alguna escarpada, ante la que no hay otro remedio que descolgarse de nuevo al cauce que se abandonó. Una última tentativa nos conduce a la horquilla de una gran quebrada. En aquel momento era mediodía, por lo que con no poco trabajo se encendió el fuego, a pesar de todo, haciéndose la primera comida del día.

En todas las operaciones necesarias empleamos una hora: así es que a la una volvimos a emprender la marcha. En el espacio de tiempo que tardamos en recorrer un centenar de metros, poco más o menos, pudimos seguir regularmente, tanto por la orilla izquierda como por la derecha del

no, pero inmediatamente comenzaron de nuevo los desfiladeros y las cascadas, de que tan malos recuerdos teníamos adquiridos en la hora anterior. Algunas veces, a los peligros que esto ya de por sí constituye, hay que añadir que se atraviesan enormes troncos de árboles que derribara el tiempo, carcomidos por las aguas y atravesados en los puntos más estrechos o en los puntos en que se detienen los saltos y en los que forman una rampa descendente de un lado a otro, y que permiten atravesar sin peligro, siempre que se tenga una cabeza bastante segura para poder realizar actos arriesgados de funambulismo. Un pie que se resbale, será lo suficiente para que, cayendo abajo, no vuelva uno a levantarse: así es que a pesar de las facilidades que presentan, no dejamos de mirarlos con sobrado respeto. Algunos de aquellos casuales puentes tienen hasta treinta metros de largo, y para trepar hasta el medio podrido tronco no hay otro remedio que suspenderse del sinnúmero de raíces que sus extremos penden, y atravesarlos luego paso a paso, solamente apoyados en el palo puntiaguado que con este fin tuvimos que proporcionarnos. Por temor al vértigo y por lo mucho que el vacío llama, no hay quien se atreva a mirar al abismo que bajo los pies tenemos abierto, y en el que las aguas negras caen apenas los picos salientes de las rocas que más y más se afilan con la continua caída del agua. Llegados al final, se descuelga uno como puede para descender hasta el arroyo y seguir por él.

Más adelante las empalizadas horizontales cesan, y la corriente, aumentada con el caudal de agua que aportan otras quebradas confluentes, nos impide seguir por el cauce, por lo que de nuevo es necesario remontarse hasta la cima y caminar hasta el punto en que el espolón saliente forma un precipicio que nos obliga a separarnos del camino emprendido: pero apenas ha bajado uno se ve obligado a subir de nuevo, teniendo que repetirse esta tan pesada operación un número considerable de veces, a causa de los muchos arroyos que a cada momento interceptan el paso, sucediéndose con desesperadora frecuencia. Algunos de estos pasos son tan sumamente estrechos, que solo un árbol basta para obstruirlos por completo: a derecha y a izquierda los ribazos parecen cortados a pico, sin que, por tanto, pueda uno permitirse dar un rodeo para evitarse el obstáculo, sino que para conseguir el paso hay que montar en el tronco por algunas gruesas raíces, seguir gateando por ellas y continuar de esta manera hasta poder hacer pie. Inútil nos parece detenernos a ponderar lo que en tan difíciles escalamientos se sufre: los movimientos todos tienen que ser violentos, los esfuerzos inauditos, y más de una vez sentimos que una astilla desgajada de algún tronco de aquellos penetra en nuestra carne, haciendo-

nos sufrir dolores vivísimos; pero nada nos para ni nos detiene, y haciéndonos superiores a todas las fatigas, seguimos adelante con la mayor celeridad, confiados en que de esto depende el que oportunamente lleguemos al término de nuestro viaje. Poco después de haber atravesado la serie de troncos que dejamos apuntado, hubimos de perder más de media hora en pasar una enorme higuera; sus raíces, bastante más altas que un hombre de pie, se extienden a manera de gruesos sostenes, descendiendo por los dos lados de la roca en que se apoya, para ir a buscar el suelo de que se alimentan a más de diez metros de distancia. Bastante cerca de éste se ven otros árboles de la misma especie, sustentados por raíces aéreas que forman como la bóveda de una construcción gótica. Para volver a bajar, cada uno escoge el camino que mejor le parece, con arreglo a su mayor o menor fuerza de piernas, su resistencia al vértigo y demás condiciones que son necesarias tener presente; además, es lo más conveniente marchar separados, a fin de evitar el ser arrollados por la caída de su vecino, y más que por nada con el fin de evitar el ser herido por las piedras que a cada momento se desgajan. La mayor parte de los hombres que me acompañan están heridos y llenos de contusiones, a causa de los muchos accidentes que ocurren en aquella abrupta senda. Por lo que a mí toca, a pesar del mucho cuidado con que marché y de las precauciones que tomé, soy el más maltratado: en una ocasión un mal paso me hizo dar tan fuerte resbalón, que me arrojó sobre una roca pelada, cayendo después en un abismo de más de treinta metros de profundidad. Tal vez nunca como entonces me he visto tan cerca de la muerte. Sin saber cómo, sacando fuerzas de flaqueza, me rehice repentinamente, y agarrándome de una rama de arbusto que cerca de allí crecía, pude ganar la altura nuevamente, aunque sintiéndome magullado y lleno de contusiones, producidas por el fuerte golpe que acababa de sufrir.

Seguimos nuestro camino sin que ni un momento siquiera pudiéramos abandonar el sin igual camino que durante aquella expedición estábamos obligados a tener, y hacia las cuatro de la tarde observamos que la pendiente del río había disminuido mucho: ya en un buen rato no tuvimos que salvar cascadas propiamente dichas, y hasta pudimos caminar por el lecho mismo del torrente; poco después fuimos a dar en una hondonada, cuya profundidad parece considerable y que no dejó de inquietarme, pues en ella teníamos otro obstáculo violento. Los dos Pedros, que me acompañaban no se pararon en las consideraciones que a mí me detenían, sino que haciendo alto un momento arreglaron perfectamente su carga, revis-



Ascensión de la cordillera.

tiéndose con los gruesos sacos de lona, forrados por fuera con cautchouc natural; y obrando como buenos nadadores, siguieron sin pararse en nada, braceando unas veces y otras marchando por su pie con el agua hasta la garganta; los otros y yo escalamos una elevada cima, siguiendo por ella en una extensión de más de mil metros; a juzgar por lo que puede observarse, todo parece indicar que la corriente va a terminar y que vamos al fin a penetrar en el valle inferior; el barómetro, que frecuentemente consultamos, nos indica que a lo más nos hallamos a una altura de cien metros. Luego que hubimos salido de aquella garganta, salimos por el río hasta encontrar un lugar conveniente para establecer el campamento, viéndonos obligados a situarlo en una ancha planicie, materialmente infestada de escorpiones. El día había sido terrible, sin que nos hubiéramos podido permitir el menor descanso. A más del cansancio y de la fatiga que podemos llamar naturales, teniendo en cuenta el largo trayecto que habíamos recorrido, teníamos que lamentar lo mucho que sufríamos en la lucha sostenida con la naturaleza de aquellos parajes. Aquella tarde, al prepararnos para descansar durante la noche, no tuvimos que vencer ni los obstáculos ni los inconvenientes que el día anterior: el sol, que durante todo el día luciera resplandeciente, había secado los árboles y las ramas, y el fuego pudo ser encendido con gran facilidad: preparamos en breves instantes la comida y pudimos recogerlos pronto, cuidando de tomar todas las precauciones posibles, a fin de evitar las picaduras de los reptiles, que, como hemos dicho abundaban allí.

Por la mañana, al emprender la marcha, cuidamos de no internarnos en otro desfiladero que estrecha el cauce del torrente que viene siendo nuestro guía, y con este fin trepamos a una altura, seguida la cual fuimos a dar a otro afluente. Allí, de repente, el valle se ensancha, el río se dilata en una extensa sabana poco profunda, deslizándose sobre un fondo de guijarros o de finas arenas entre las anchas orillas que, secas en la estación presente, nos permiten marchar a buen paso. Debemos estar sin duda muy cerca del mar, pues excepción hecha de una pequeña loma situada al E., aquella región es completamente llana, el río, que cada vez presenta más y más sinuosidades, está materialmente sembrado de islas; la vegetación difiere mucho de la que anteriormente venimos observando, y los flancos de las elevadas orillas por que caminamos nos muestran que el suelo está formado por terrenos de acarreo y aluviones de origen neptuniano bastante reciente.

Al medio día encontramos a cuatro indios que pescaban sirviéndose

de jabalinas, y Eugenio, que entendía su lenguaje, sirviéme de intérprete, pudiendo saber de esta manera que en la rada había fondeado un gran navío de vapor, o de fuego como ellos decían, a bordo del cual había muchos soldados, que esperaban a unos blancos que habían de llegar de la parte Sur. Ya no podemos abrigar la menor duda; el buque que ayer vimos al levantar el sol es el crucero francés que nos aguarda. De nuevo cobramos ánimos, experimentando una alegre impaciencia por volver a ver a M. Wyse y a M. Verbrugge, a los oficiales de marina, mis camaradas, y más que nada mi vehemente deseo era volver a Panamá sin tener que atravesar de nuevo la cordillera, pues ya me sentía extenuado. De tener que emprender nuevamente tan peligrosa marcha, ignoraba si podría conseguir el fin indicado; carecíamos de ropas y de alimentos, mi traje todo estaba hecho jirones, no tenía zapatos, y causas eran éstas más que suficientes para que nos apresuráramos todo lo posible a fin de llegar antes de que, convencido que por cualquier circunstancia no llegábamos el buque, se hiciera de nuevo al mar, mucho más cuando comprendía perfectamente que a causa de la estación el comandante no podía detenerse más que el tiempo indispensable en una rada abierta a violentas ráfagas, de las que con ningún medio contaba para defenderse, y que de un momento a otro podrían ponerlo en grave aprieto.

Uno de aquellos indios que pescaban en la corriente del río se ofrece desde luego a servirme de guía, según entiendo, no tanto por favorecerme y librarme de los perros de la aldea, como por anunciar a los suyos nuestra llegada, pues el arribo de un gran navío a aquellas aguas y la noticia de que algunos europeos habían de venir por la montaña los ha puesto en gran cuidado. Aprovechando el ofrecimiento, que comprendo puede serme de alguna utilidad, emprendí el camino de nuevo con tanta celeridad como el cansancio me lo permitía.

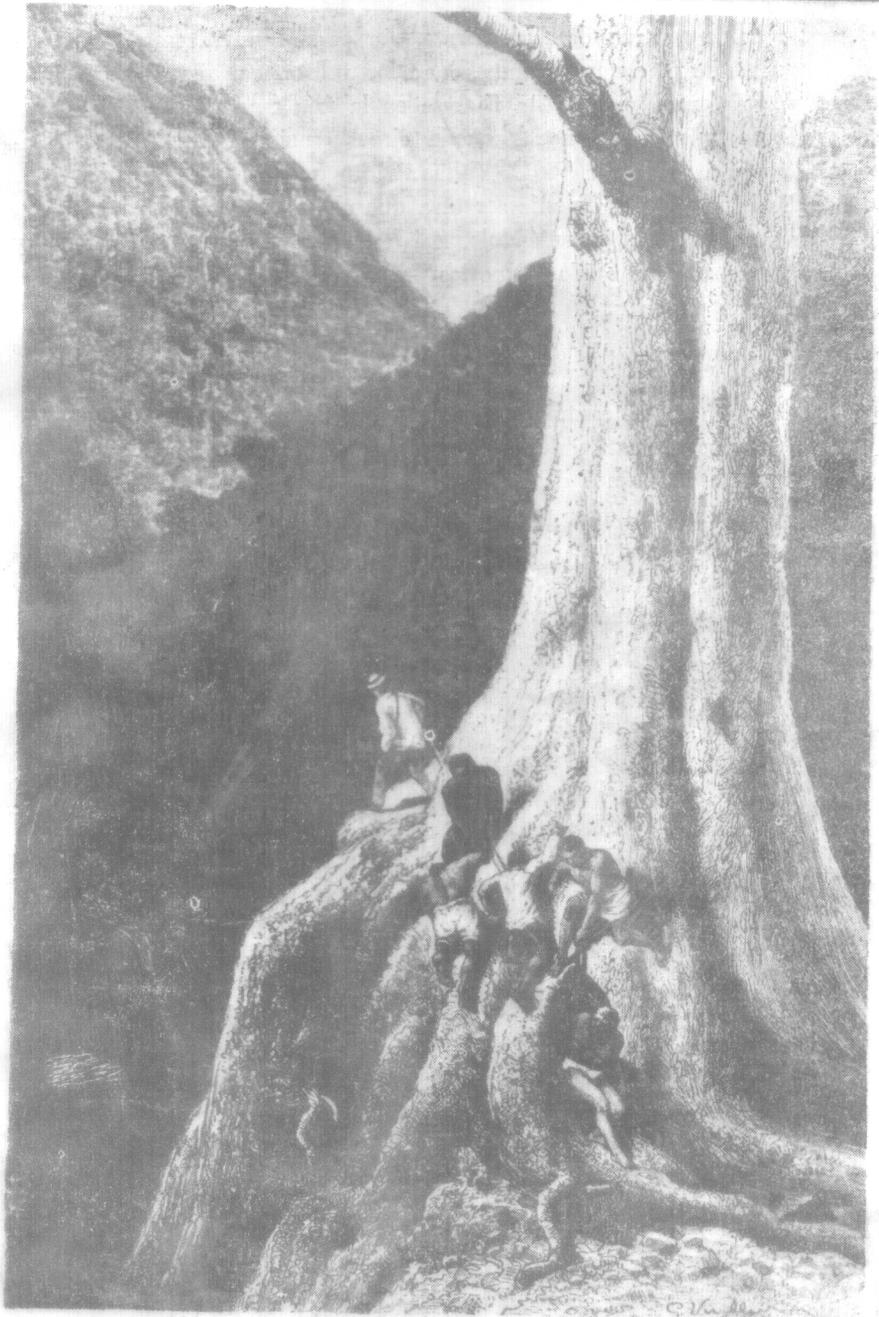
¡Oh desgracia! Unos caucheros de Cartagena me dan la terrible noticia de que el crucero acaba de partir; según me dicen, aun estaba a la vista cuando ellos abandonaron la embocadura del Acantí; noticia que en mi ansiedad no quiero creer, y que es un nuevo motivo para que me apremie más y más: tanta es mi prisa, que los hombres que conmigo vienen, cansados y fatigados con la pesada carga que traen, no pueden seguirme, y bien pronto me encuentro separado de ellos por una considerable distancia, hasta el punto que llegé a la aldea media hora antes que ellos. Todo mi aceleramiento no pudo conseguir nada, pues ni aun razón pude tomar de lo ocurrido, dado que yo no entendía ni una palabra del idioma hablado

por aquellos indios, y ellos no entendían nada ni en español ni en inglés, y excusado era emplear el francés o el alemán, pues había de suceder lo mismo: solo cuando pasado un buen rato logré hacerles entender, con gran trabajo, que deseaba hablar al cacique, y efectivamente, me condujeron a su presencia.

Este me recibió sentado delante de la miserable choza que le servía de albergue, y rodeado de sus notables; uno de sus hijos, que se hallaba acurracado a sus pies, tenía en la mano el bastón, símbolo de su autoridad. La recepción que me hizo no manifestaba ciertamente una abierta y patente hostilidad, pero tampoco revelaba gran placer ni satisfacción alguna que pudiera halagarme: tal era el estado en que me sentía y tan grande la ansiedad que experimentaba, que ni por un momento me fijé en esto que podemos desde luego llamar cuestión de forma, y a la que ninguna importancia daba: sus frías maneras, y su estudiada reserva me impusieron bien poco: así es que mandando a uno de aquellos hombres que se levantara para ocupar un sitio que no me ofrecían, pedí a otro de los más jóvenes que fuera a buscarme fuego. Contra lo que yo esperaba, mi deseo no desagradó, y bien pronto me hallé sentado frente al cacique, que parecía prestar gran atención a mis preguntas, o por mejor decir a la mínima que las acompañaba, pues desde luego por esto era por lo que me había de entender, y no por el lenguaje: a pesar de todo, confieso que pasó un insostenible rato, dado que el mayor número de las cosas que le decía no eran entendidas, y a mí me sucedía otro tanto: advertí, sí, que en un largo discurso que el cacique pronunció había repetido mucho las palabras *santa* y *carta*, pero sin poder comprender a que se refería, y que quería con ellas indicarme.

La llegada de Eugenio vino a sacarme del gran apuro en que me hallaba, y gracias al que sentía que mi ansiedad crecía por momentos: gracias al hábil intérprete, pude saber que la larga peroración del indio y aquel continuo repetir las indicadas palabras iban encaminados a decirme que M. Wyse antes de partir había dejado para mí unas cartas y varias provisiones en poder de un patrón de rebuscadores de *tagua*, llamado Santos, que tenía su campamento en la embocadura del Acantí. También supe que el buque de guerra había partido en la mañana de aquel día; que durante un largo espacio de tiempo siguió en dirección al S., pero que a cierta distancia había virado de bordo, dirigiéndose hacia el Norte.

Durante este tiempo habían ido a buscar una carta que M. Wyse había entregado para mí al cacique: en ella me anunciaba que *Le-Du-*

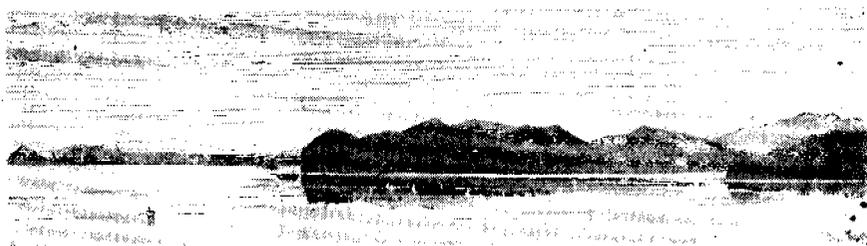


Paso de un higuérón.

Thonars había partido definitivamente, sin poder aguardarme, y me recomendaba que me guardara mucho de los indios, sin fiarme para nada de ellos. Entonces principié a fijarme en la fría manera como había sido recibido, y más que nada aquella circunstancia me explicó perfectamente la causa que había podido obligar al buque al cambio de rumbo que me indicaban, y que no podía ser otra que el ocultar a los indios que la partida era definitiva, reteniéndolos así en un saludable temor, cosa muy de agradecer, dado el cuidado que las prevenciones de M. Wyse había despertado entre nosotros.

Ouisapilele prestó, no gustoso, algunas piraguas, en las que, ayudados por varios hombres prácticos en la navegación de los ríos, nos condujeron al campamento de los caucheros negros, distante una media hora del punto en que nos habíamos detenido. Durante el camino, supe que el río por donde habíamos descendido no era ni el Toló ni el Acantí, sino el Guatí, que es uno de los principales afluentes del primero de los citados. Ya me era de todo punto igual haber permanecido durante algunos días en un error de poca trascendencia, si se atiende a que no había consistido en tomar un camino más largo que hiciera más penosa nuestra marcha, siendo causa de que no llegáramos a tiempo: el atraso dependía de las dificultades con que en las operaciones de los últimos días habíamos tropezado, y en la pérdida de tiempo que nos irrogó la falta de alimentos de que no podíamos prescindir para efectuar la ascensión de la cordillera. Considerar que todas estas causas habían sido independientes de mi voluntad y comprender que a cualquiera hubiera ocurrido lo mismo, me tranquilizaba un tanto, aunque en manera alguna podía apartarse de mi mente la idea de que una vez más teníamos que pasar aquel camino donde tanto habíamos sufrido.

Bien pronto nos encontramos en el establecimiento de los cartageneros, donde hallé gran abundancia de víveres, dejados por M. Wyse, así como también una larga carta, que me puso al corriente de la situación.



Bahía de Acantí.

Las tribus de los indios de Acantí pertenecían a las que los españoles llamaron *indios mansos*, porque nunca se manifestaron en son de guerra ni realizaron actos de virtud de los que pudieran ser tenidos como de carácter belicoso. Aquellas tribus así llamadas, han aceptado una religión que se parece mucho al cristianismo, cosa que fácilmente se comprende teniendo en cuenta que, abandonada su educación religiosa desde hace años, se han bastardeado las prácticas que les predicaran los misioneros que primeramente fueran allá, y han mezclado sus antiguos ritos y creencias a las que los conquistadores les aportaran. Gracias al buen carácter que en ellos domina, y a condiciones que no han podido perder, a pesar del tiempo que hace viven en el más completo aislamiento, no ven con extrañeza el que se penetre en su territorio, y lo permiten sin oponer la menor resistencia, cosa que no podía suceder de otra manera, dado que aquellas miserables aldeas están a disposición de un puñado de soldados el día en que de ellas quisieran apoderarse. La nueva religión, que así podemos llamar a la que profesan, consiste únicamente en algunos nombres de santos y de virtudes cristianas, a las que añaden sus apelaciones ordinarias. La pobreza de sus selvas los había tenido durante mucho tiempo en un absoluto abandono por parte de los demás pueblos, en ninguno de los cuales podían despertar curiosidad para ir a vivir entre ellos: así es que ningún comercio regular los tenía relacionados con los neo-granadinos. Sólo de vez en cuando, muy de tarde en tarde, arribaba a aquellas aguas alguna goleta norteamericana, que efectuaba el cambio de la tagua por telas de algodón, marmitas, aguardiente y otros artículos que los salvajes no podían fabricar: pero después que una explotación, falta de conveniente dirección, llevada a cabo solo por el deseo de lucro y cuyos efectos hemos lamentado ya en más de una ocasión, ha destruido todos los árboles que producían el cauchouc, que allí como en las demás regiones que venimos recorriendo era la fuente principal de la riqueza, un número considerable de cartageneros, amenazados de morir de hambre, se han tenido que dedicar a la rebusca del marfil vegetal, del que se hace una exportación continua. La abundancia de este fruto en la desembocadura del río Toló y del río Acantí ha dado lugar a que en la de este último se forme un campamento, en el que habitan unos sesenta negros, cuyo número aumenta todos los años. Desde el tiempo en que accio tal cosa los indios han visto cerrarse para ellos las ocasiones de llevar a cabo los cambios que antes efectuaban con los americanos, gracias a los que podían disponer de armas, utensilios y vestidos, por los que han quedado condenados a la miseria, o lo que es peor, al trabajo.

De aquí el concentrado odio que siempre manifiestan para con los

cartageneros, a los que más de una vez han pensado en devastar; pero el miedo a las represalias les hace tascar el freno en silencio, aguardando ocasión propicia para satisfacer los deseos de venganza que tanto tiempo hace alimentan. Habiendo visto llegar a la rada un navío de guerra, y sabiendo que de la parte S. habían de llegar algunos blancos, cuyo número en total desconocían los infelices, pensaron que venían a proteger a los coutecheros, y, lo que es más, a dedicarse también a recoger la tagua; este presentimiento infundado fue bastante para que desde luego nos miraran con el mismo odio que a los invasores, por lo cual nada tenía de extraña la manera fría y reservada con que fuimos recibidos.

Las fatigas que había experimentado en los anteriores días, así como también la mala alimentación, fueron causa de que me acaudiera una ligera fiebre, que me retuvo un día en el campamento. Cuando me sentí un tanto aliviado, empecé a preparar el regreso, para el que tenía que tomar algunas referencias y procurarme un guía que, conociendo de todo aquel terreno, me condujera por el más corto camino a nuestra *puca* en la cordillera.

Casi toda la mañana la pasé explorando los bajos del Avantí y la costa marítima, a fin de adquirir el mayor número de datos posible de toda aquella región, a la que habíamos ido con tantas ilusiones y esperanzas, que se habían trocado en amargos desencuentros. A cada momento me exaltaba la idea de que nuevamente teníamos que verificar la ascensión en que tanto habíamos sufrido, y recordaba los trancos, las cascadas y los precipicios donde a cada paso podíamos encontrar la muerte. Por más que la estación seca estuviera bien avanzada, la corriente de aquel pequeño río es lo bastante considerable para que pueda atravesar las arenas de la barra: algunas veces, según dicen, en los altas marcas (el desnivel es, a lo más, de unos sesenta centímetros) los aires del N.-O. hacen que las olas entren en el cauce del río.

En una época geológica aún bastante reciente, a juzgar por lo que sobre el terreno se puede observar el mar debía extenderse hasta el punto de confluencia del Guatí, formando allí una extensa bahía, que más tarde habrá sido circunscrita por un cordón arenáceo. La rada, convertida en laguna, se habrá llenado poco a poco; pero la región ha quedado sumamente pantanosa, y la corriente del río bastante incierta. En muchos sitios se encuentran trozos de antiguos cauces correspondientes a distintas embocaduras separadas del mar por una valla muy poco ancha.

Según los coutecheros afirman, aquellas extensas lagunas, a pesar de que la ciencia siempre afirmaría lo contrario, no son malsanas, cosa bien

de creer por cuanto los que alrededor viven han de hablar por experiencia propia.

La bahía es completamente abierta, sin nada que la abrigue de los vientos contrarios, constituyendo un peligro para los buques que en ellas se refugien huyendo de una tempestad; pero desde el mar debe ser de un aspecto agradabilísimo, con su graciosa curvatura dominada por explanadas en primer término, y más allá por las azuladas sombras de la cordillera.

XXXVIII

Un caciquillo lento en los cálculos.—El gran cacique.—La vuelta.—Subida y bajada de la cordillera. — Llegada al puerto Taití.—Hechos y hazañas del MOROCOL.—Yaviza.—Panamá.

Manolito, indio rico e influyente, que tiene el alto honor de pertenecer a la ilustre familia de los caciques, tiene su casa en la otra orilla del río, frente al establecimiento de los caucheros. Algunas palabras que del español sabe, y otras cuantas del inglés, han dado lugar a que de él se haga el intérprete obligado entre todos aquellos individuos y los capitanes de las goletas norte-americanas que llegan con objeto de hacer el comercio de que hemos hablado. Como la honradez no es aquí una virtud muy sobresaliente, y además parece que se tiene en muy poco la buena fe llevando a cabo estos tráficos en que necesariamente se le ha tomar por intermediario, ha conseguido lucrarse de tal manera, que ha hecho una regular fortuna a costa de sus infelices compatriotas, que no son más que sus explotados. Desgraciadamente para él, los cartageneros, que en general han perjudicado tanto a los individuos de aquellas tribus han interrumpido también el curso de su fortuna: es de creer que en más de una ocasión habrá pensado seriamente en expulsar a los intrusos por las armas, más se ha descuidado bastante y ha dejado pasar el momento oportuno, en que tal vez hubiera podido conseguir algún resultado: hoy los caucheros son más en número que los guerreros que pudiera reunir, y lo único que conseguiría, en el caso de intentar un movimiento, sería perjudicarlos a todos.

Como quiera que desde luego hubiera yo comprendido la necesidad absoluta en que me hallaba de proporcionarme un guía conocedor de aquellos terrenos que pudiera conducirme por un camino más cierto y fácil a la cima de la cordillera, me avisté con Manolito, pero no pude conseguir resultado alguno, pues por más que me esforcé no logré conseguir de él otra cosa sino que me manifestara que durante toda la noche los indios no habían hecho más que ocuparse de nosotros y de los fines que nos habíamos propuesto conseguir de aquella expedición: que el cacique deseaba que sin intérprete compareciera ante el Consejo para dar algunas claras y precisas explicaciones acerca de nuestro viaje, cosa a que yo me negué, haciéndolo por mí mismo. Bien mirado, todo lo que hice fué en vano, pues aquel pobre hombre no podía entender nada de mis explicaciones, a pesar de los términos en que exponía lo que allí nos había llevado: un indio que jamás

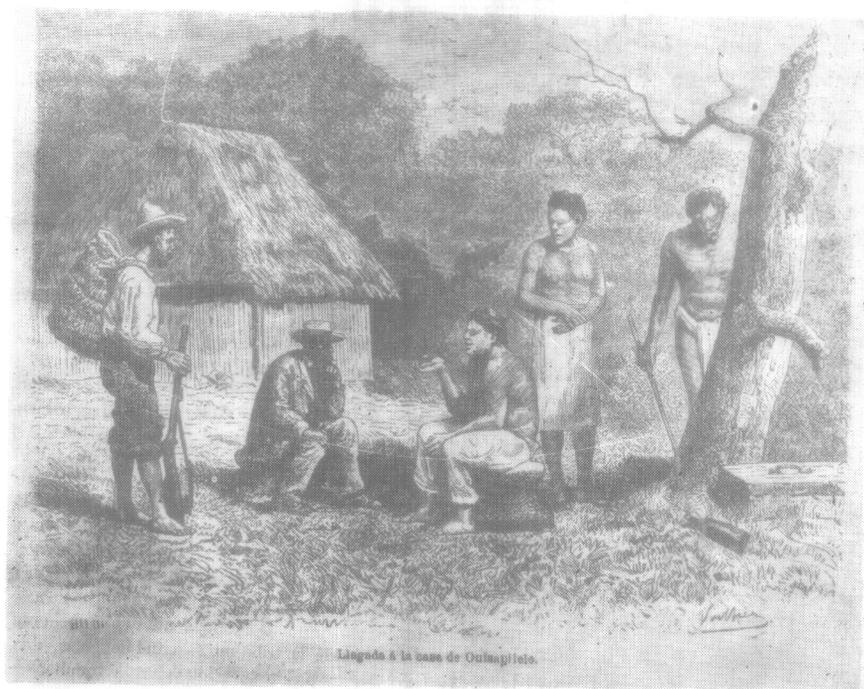
había salido de la comarca, no podía comprender lo que era un canal ordinario, y mucho menos un canal que había de pasar por debajo de una montaña. Lo poco que entendía se negaba a creerlo, y de continuo, apartándose del orden de ideas que implicaba mi conversación, hacía recaer la suya en lo que más le importaba, como eran la tagua, el cautchouc, las bananas que le robaban los negros, y los destrozos que éstos le causaban en las plantaciones; a propósito de lo cual hacía largas digresiones, encomiando el estado de prosperidad y riqueza en que la tribu se encontraba antes de que los cartageneros fueran a vivir en el terreno usurpado, y lo mucho que todo entre ellos habían decaído con su llegada. No dejó también de darme conocimiento de los medios que habían cruzado por su mente para librarse de los que tanto abusaban de ellos, y justo es que confiese que, aunque en el fondo le sobraba razón para querer emplearlos, en la forma eran de lo más descabellados que podían concebirse. En estas condiciones y con estas circunstancias, la conversación terminó pronto, separándonos de buena manera, aunque sin haber yo conseguido lo que me proponía, ni mucho menos, si bien me prometió formalmente que presentaría al Consejo de la tribu mi solicitud de guías, a la que contestaría el gran cacique. Tanta tramitación no dejaba de molestarme en verdad, mucho más cuando comprendía que por aquellos medios me había de ser difícil conseguirlo; los indios estaban muy prevenidos en contra nuestra; creían que el objeto que allí nos había llevado era apoderarnos de los escasos elementos de riqueza que les quedaban, y que para la mejor explotación de ellos era para lo que querían un guía que nos enseñara los medios más fáciles de recorrer el país. Sea como quiera, no había más remedio que aguardar la decisión del Consejo, pues el otro término de la disyuntiva, o sea volvernos por donde habíamos venido, era doblemente malo, y arbitrable sólo en el caso en que no pudiéramos conseguir nada que nos favoreciera.

Con objeto de tenerle más propicio, compré al intérprete de la tribu tres pollos y algunos frutos, ascendiendo el precio de todos a unos veintidós reales, o sean seis francos próximamente; y no obstante, aquel hombre infeliz, por más que hace, no puede ajustar su cuenta con exactitud; no sabe contar arriba de diez, por lo que después de mucho titubear, no logrando tampoco entenderla, a pesar de nuestras reflexiones, manifestó que prefería seis piezas de a diez a *sous* una moneda de cinco francos. Justo será que manifieste también, en alabanza suya, que había intentado venderme lo que indicado dejó a un precio exorbitante; pero no se le ocurrió la idea de aumentar la adición, pues en el total, que repasó durante

más de un cuarto de hora, variaba de diez y seis a dos, y uno.

Una hora después de la entrevista que acabo de mencionar, ví llegar, rodeado de sus notables, al gran cacique, personaje extraño y raro al que aun no había visto ni una vez siquiera, pues Ouisapilele, con quien primeramente hablé, y él que me entregara una de las cartas que M. Wyse había dejado para mí, no era más que el jefe de la aldea situada sobre el Guatí. En vano será que en el Almanaque de Gotha se busque el nombre de este soberano y la extensión de sus dominios: pues de enumerar tantos como en parecido caso se encuentran, infinito sería el número de los que habrían de contarse. El soberano que nos ocupa es un anciano, fresco aún, enjuto, y de una estatura más elevada que la generalidad de los hombres de la tribu. Su fisonomía sería regularmente bella sin una repugnante llaga que le cubre un ojo, desfigurándole la cara: al primer golpe de vista me agradó, a pesar de las prevenciones que abrigaba, y antes de terminar la conversación que nos vimos obligados a sostener, se me hizo muy simpático. Sentóse con gran dignidad, como quien tiene, perfecta conciencia de las altas funciones que desempeña, y poco después comenzó a *leriar*, esto es, a cantar con voz gangosa el largo discurso que la noche antes había preparado en el Consejo de la tribu; preparación para la que había entrado por mucho la absorción de una buena cantidad de *chicha*. El ritmo de aquella canturía es de lo más raro que puede darse, y llama extraordinariamente la atención, divirtiendo por la extrañeza que causa; la primera parte de la frase la pronuncia con una lentitud excesiva, acentuando sobre todo las últimas sílabas de cada palabra; después, sin ninguna transición que pueda ser advertida, terminan con gran volubilidad el resto, bajando el tono cada vez más. Cada frase se la hace seguir de una larga pausa, durante la cual los asistentes, en señal de aprobación, pronuncian un *hum* o un *bee* prolongado. El granuja de Eugenio, que, como sabemos, me hacía algunas veces muy malas pasadas, estaba aquel día borracho, como un buen darienita; así es que desempeñaba todo lo mal posible sus funciones de intérprete. Aquel notable cacique nos preguntaba en los mejores términos que causas nos habían impulsado a emprender aquel viaje, ni que motivo o interés nos guiaba para haber llegado a un país tan pobre, a una tribu tan aislada, donde tan poco era lo que podíamos conseguir; después se extendía en grandes quejas contra los cartageneros, ponderando, como Manolito lo había hecho anteriormente, los grandes males que habían causado, y lo mucho que aun tenían que temer de tan malos enemigos. Hice que le respondieran que no tenía nada absolutamente de común con los caut-

cheros, añadiéndole que nada me importaban las bananas ni la tagua; que sólo había ido allí a practicar investigaciones y estudios, que no entraba a detallar porque no había de entender ni una palabra, y que por tanto podía estar completamente tranquilo, pues nuestra presencia allí no les podía ser perjudicial, ni en nada podía ser parte de que su situación y la de los suyos se agravara; y más que nada le hice comprender lo muy necesario que me era el que al día siguiente me proporcionara los guías que para salir de allí habíamos pedido desde un principio. Los indios son como los niños; ceden a una cuestión hecha en forma clara y terminante, y jamás han sabido negar nada que se les exija en forma categórica. El cacique intentó comenzar a *leriar* de nuevo; más comprendiendo yo que, de seguir de esta manera, la entrevista no iba a tener fin y que no lograría lo que tanto deseaba, lo interrumpí bruscamente para hacerle entrar en la cuestión, exigiéndole que sobre ella respondiera terminantemente *si o nó*; y sólo cuando comprendió que nada con sus subterfugios conseguiría, fue cuando ac-



Llegada a la casa de Ouisapilele.

Llegada a la casa de Ouisapilele.

cedió a mi demanda, prometiéndome formalmente que tendría lo que había pedido. Le ofrecí una botella de vino, regalándole unas tijeras que me pidieron, y unos cuantos bizcochos para un hijo pequeño que había traído consigo, y nos separamos como los mejores amigos del mundo.

A la mañana siguiente emprendimos el camino para volver de aquel viaje, en el que tan poco provecho habíamos logrado. Después de una hora de marcha, llegamos al pueblo de Guatí, donde lo primero que observamos, y llamó grandemente nuestra atención, fue el que Ouisapile estaba ocupado en preparar sus fusiles, cosa que me dió en qué pensar. Recordé perfectamente las prevenciones que en su carta me hacía el jefe de la expedición, encargándome con empeño que no me fiara para nada de aquellos indios, y surcó por mi mente la idea de si intentarían prepararnos una emboscada en cualquiera de los malos pasos por que teníamos que atravesar. Además, los dos guías que nos habían prometido no aparecían, y recordando todo lo ocurrido, cada vez aumentaban más los motivos de desconfianza. Todo lo que nos decía Manolito lo hallábamos irónico e impertinente hasta un punto capaz de desesperarnos; con motivo de una compra insignificante que tratábamos de realizar, tuvimos que poner mano a las armas, y entonces recordé también que en la conferencia que el día anterior había celebrado con el cacique, éste, en su tono punzante y con sonrisa nada tranquilizadora, nos prometió que saldría al camino con algunos amigos para hacernos varios obsequios. Pasado un rato, comprendí que, sucediera lo que sucediera, el peligro no sería grande, ni mucho tampoco lo que podíamos temer: cerca de la aldea no era fácil ni posible que nos atacaran, por temor a los caucheros y al buque de guerra, que ellos estaban en la creencia de que había de volver de un momento a otro; y si nos acechaban en la montaña, podían llevarse un grandísimo chasco, pues ya sabían ellos que no habíamos de volver por el mismo camino. Dejé pasar algún tiempo para ver si al fin llegaban los guías, y no pareciendo, mi incomodidad subió de punto; reprochéles en términos agrios y duros y su falta de palabra, cosa que a los indios afecta mucho, con lo que obtuve que al fin parecieran los tan deseados hombres, que se hicieron pagar adelantado, y no poco por cierto. En pos de ellos penetramos en un sendero llano y fácil hasta las alturas de las gargantas que se abren entre las montañas, y desde allí les ordené que volvieran a su pueblo: poco después encontramos nuestra *pica* de la cordillera, y siguiendo por ella, llegamos a muy buena hora a la ranchería de los Escorpiones, en la que nos instalamos de la mejor manera posible, reparando un tanto con una abundante comida y un largo sueño, las fatigas que durante toda la mañana nos habíamos visto obligado a sufrir. Aunque

no estábamos completamente tranquilos, y temíamos que los indios nos prepararan alguna emboscada, no nos inquietamos demasiado, pues conocíamos bastante el natural supersticioso de aquellas gentes, que no se atreven a dar un paso durante la noche.

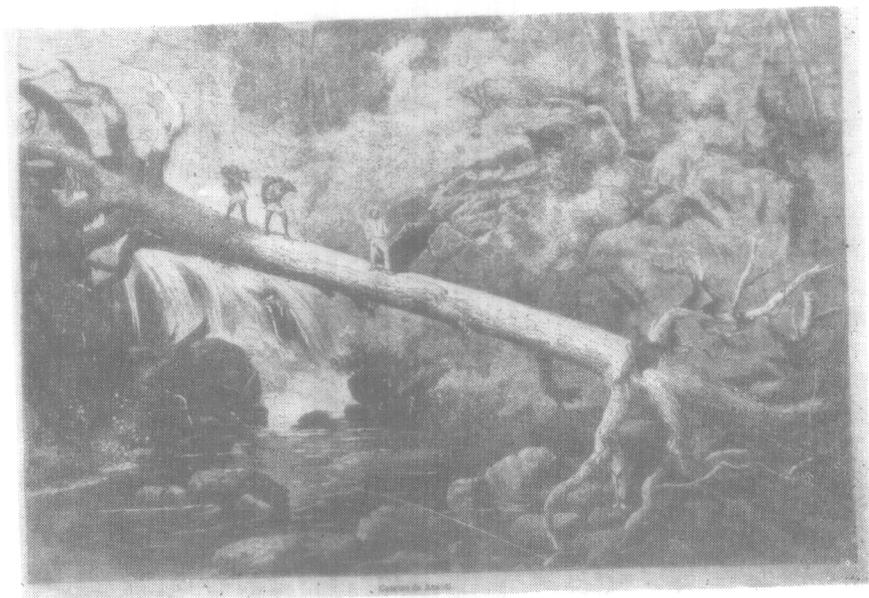
A la mañana siguiente, tan pronto como el alba nos hubo enviado sus primeras luces, emprendimos nuevamente la marcha, siguiendo una *pica* distinta, tanto por parecernos el camino más breve y mejor, cuanto porque de aquel modo podíamos evitar la presencia de los indios, en el caso que nos acecharan en alguno de aquellos puntos para sorprendernos.

Siendo completamente igual la constitución de terreno en las dos vertientes de la cordillera, seguimos empleando el método que tan buenos resultados nos había dado para llegar al punto culminante sin grandes fatigas, y que al mismo tiempo nos permitiera poder evitar el tan peligroso escalamiento del río Guatí. Como quiera que la pendiente es mucho más dura y empinada del lado del Atlántico que del Pacífico, la ascensión fue para nosotros mucho más difícil, exigiéndonos esfuerzos considerables y trabajos sin cuento, así como también un gran espacio de tiempo, pues habiendo partido a las siete de la mañana llegamos a la cima a las dos y cincuenta de la tarde, deduciendo, como es natural, el descanso que hemos hecho, bastante corto por cierto, dado que todos tenemos grandes deseos de terminar. La selva por esta parte es mucho más agradable y rica que la que pudimos ver en la parte Sur.

En la cima de la montaña, como nos había sucedido la vez anterior, fuimos sorprendidos por una densa niebla, que poco a poco se fue condensando, dando lugar a que las gruesas gotas de agua que de las hojas caían nos mojaran como si en realidad estuviera lloviendo. La línea de separación se extiende hacia el N.-O., sin que ninguna variación se manifieste en este sentido que exceda de veinte grados. En unos puntos es sumamente estrecha, de tal modo que se determina clara y palpablemente, en tanto que por otros se ensancha bastante y el terreno se hace sumamente pesado, a causa de los muchos abrojos y matas que en él crecen. Lo único que nos favoreció bastante fue la carencia absoluta del subbosque, que nos permitía marchar sin necesidad de abrir la *pica*; pero algunos troncos derribados por la violenta fuerza de los vientos que con tanto ímpetu soplan en aquellas alturas, interceptan de vez en cuando el camino, creándonos obstáculos que nos hacen perder bastante tiempo. A las tres de la tarde encontramos el punto por donde algunos días antes habíamos llegado a lo más culminante de la cordillera, siendo las cinco y media cuando tocamos al bande-

rín número 2.526. Ensayamos, aunque sin ningún resultado, pues no nos fue posible conseguirlo, seguir todo el *cuchillo* hasta el fin, por ver si podíamos evitar una quebrada que me dejó muy malos recuerdos, encontrándonos a causa de esto en lo alto de un muro de más de veinte metros de altura, que procuramos poder bajar, a fin de no tener que volver atrás.

Los hombres que me acompañan están verdaderamente entusiasmados, pues por grande que sea la costumbre que tienen de recorrer los bosques y por mucha que sean su práctica, gracias a la causa pueden salvar obstáculos que para otros que no fueran indios o mestizos serían insuperables, no pueden volver de su asombro al ver con la seguridad y precisión con que han llegado hasta Acantí, sin tener que recorrer diez veces el mismo camino, a causa de equivocaciones sufridas, y mucho más aun de la facilidad con que ha podido ser abierta la *pica* en una cordillera que los mismos salvajes temen. Todos estos prodigios me los atribuyen, como conseguidos a mis cálculos, a mis observaciones y a mis estudios, por lo que el humillante desprecio con que siempre ven al señorito que no sabe manejar el machete y arrancar un puñado de lianas, se trueca en una admiración profunda y una confianza absoluta en la ciencia de los blancos.



Camino de Acantí.

El día 15 emprendimos la marcha muy de mañana, sin detenernos siquiera a desayunarnos, cosa que por otra parte tiene una más satisfactoria explicación: los víveres que llevamos no son muy abundantes, pues algunos de aquellos señores, tal vez porque tanto peso les incomodaba, han encontrado fácil y cómodo, para verse libres de la carga, arrojar los alimentos que hallaban más pesados, y esta suerte le ha tocado a la grasa. Fatigados a consecuencia de la larga y penosa jornada del día anterior, antes de partir sostuvieron agria disputa, querellándose sobre el peso que cada uno había de llevar: me ví precisado a intervenir, y por mí mismo tuve que hacer la repartición, arreglándome de modo que pude lograr que José y García fueran los conductores de los víveres más estimables y del material de cocina. Eugenio, Pedro Espinosa y Juanillo tuvieron que seguirnos a la fuerza, pues buen cuidado tuve de advertirles que siéndome absolutamente necesario estar en Panamá antes del 25 de Febrero, que era el día indicado por M. Wyse para emprender su viaje a Buenaventura, seguiría adelante sin detenerme a esperar a los que se retrasaran: si uno de ellos no puede seguirnos por cualquier causa, se le dejará un camarada a fin de que mutuamente se puedan auxiliar; pero no se les enviará a buscar sino después que hayamos llegado a Yaviza, sin que esto pueda implicar el que tengan que quedarse sin provisiones, dado que sobre el camino que recorremos quedan hechos algunos depósitos. Esta amenaza produjo instantáneamente su efecto, hasta tal punto, que Juanillo, que momentos antes se quejaba, jurando y perjurando de que no podía dar un paso más, se halló curado completamente.

A las once de aquel mismo día llegamos a la rancharía del 5 de Febrero, donde almorzamos opíparamente, gracias a un pavo que José pudo matar, y a las cinco de la tarde llegamos a la rancharía del 1º de Febrero. La senda que nosotros abrimos está obstruída por una porción de florecillas papilonáceas blancas, caídas de un árbol que ninguno de los hombres que me acompañan conoce. Aquella nieve delicada, rodeada con ramos de un verde sombrío, presenta un golpe de vista encantador, pues poéticamente hablando, podríamos decir que era una plástica representación del invierno en medio del estío.

Una enorme serpiente negra, muy escueta en sus formas, blanca por debajo del cuello y salpicada con manchas de color amarillo naranja, pesca en la quebrada el pez que los naturales llaman *sardínita* (*chalanopsis*): durante más de un cuarto de hora me miró tranquilamente, sin hacer el menor movimiento: pero espantada luego por algunos ruidos, se internó entre las hierbas con una presteza y una gracia incomparables.

La trocha, mucho más difícil en la cordillera que la *pica*, se hace cada vez más pesada y difícil, y para que nuestra desesperación sea completa, las garrapatas no nos permiten descansar en toda la noche, dando lugar a que a la mañana siguiente los hombres, que se encuentran de un humor endemoniado, disputen de nuevo sobre el peso que cada uno ha de llevar. Para igualar las cargas emplean un sencillo medio y una balanza muy poco costosa: suspenden los objetos en los extremos de un palo largo que un hombre tiene sobre el hombro, y así logran equipararlas.

Con objeto de estimularlos y darles mayor prisa, yo marché siempre delante: en el momento en que daba la vuelta a una rápida curva que el río forma, ví con sorpresa incalculable que un animal de grandes dimensiones se levantaba repentinamente de un sitio muy próximo al en que yo me encontraba, y que sin manifestar gran precipitación huyó hacia la colina, deteniéndose a unos treinta metros de distancia: era un magnífico jaguar; pero me encontraba falto de armas de fuego, y confieso que me quedé un poco suspenso, sin saber qué partido tomar; pero esta clase de animales no atacan jamás de frente, y su reputación de cobardía data de hace mucho tiempo. Sus pelos, erizados por la sorpresa, hacían tomar a su pintada piel un aspecto semejante al del terciopelo; pero abultándole demasiado, lo hacía bastante grueso, y sus formas perdían mucho de la elegancia que les es propia. Después de haber permanecido inmóvil un buen espacio de tiempo, se internó en la selva, hollando con su paso elástico y ligero los arbustos, las ramas y las hojas secas que con tanta abundancia tapizan el suelo, sin hacer el menor ruido; parecía que apenas tocaba la superficie, y durante un momento me detuve a contemplar su marcha. Un rato después, habiéndome vuelto por casualidad, lo ví de nuevo a distancia de unos veinte metros, pues habiendo dado la vuelta penetró en la quebrada, que recorría con la mayor tranquilidad. Por ver si lograba conseguir alguna cosa, llamé a grandes voces a los hombres que me acompañaban, que a mis gritos apresuraron su paso, reuniéndose conmigo unos instantes después: pero el animal, al vernos reunidos, de un salto pasó el Tiatí y de otro, cruzando por entre las raíces, se internó en el bosque, desapareciendo inmediatamente. Cuando esto sucedía, yo tenía preparado mi fusil; pero por más que hicimos todo fue inútil; batimos el bosque en todas direcciones, más la fiera no volvió a parecer. Según supimos más tarde, en el mismo día nuestra vanguardia había visto también a una de estas fieras, que tal vez fuera la misma, pues por más que mucho en contrario se haya dicho, estos animales no abundan en aquella región.

Continuamos nuestro camino, tomando, a partir de aquel punto, por

una trocha abierta anteriormente por nuestros conductores, que en ciertos trechos se confunde con el río y nos evita muchos malos pasos, aunque algunas veces tengamos que sumergirnos en su cauce.

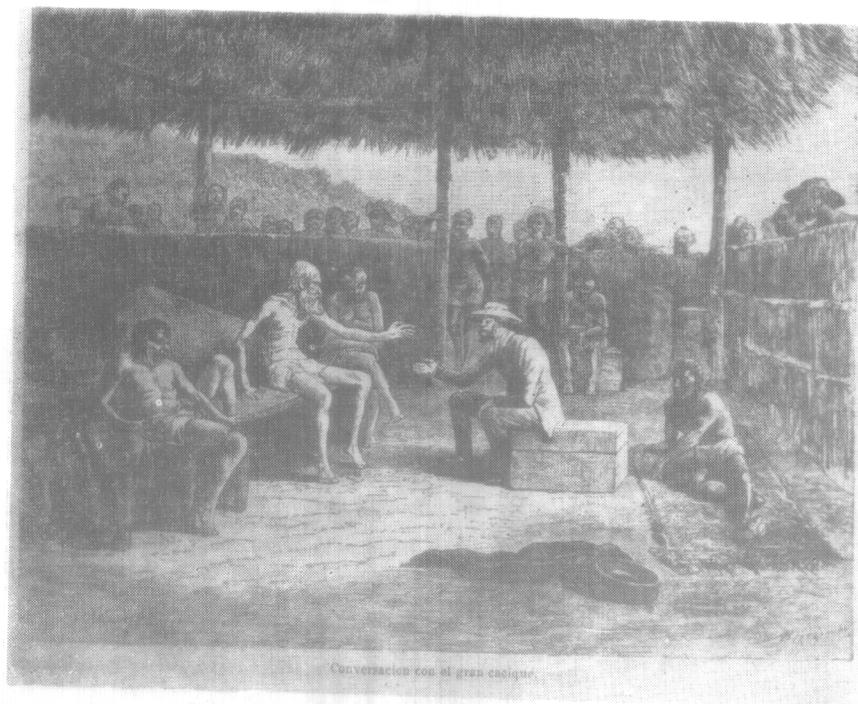
En toda la selva abunda con profusión el sub-bosque, presentando a nuestra marcha considerables obstáculos que nos retardan: es muy de notar que todas las ramas que vegetan bajo aquellos copudos árboles existen en los terrenos primitivos; pero desaparecen en exquisitos arcillosos de más moderna formación; en los bordes de la quebrada crecen las lianas, tapizándolos con su verde oscuro. La parte más desagradable del camino, y en la que más fatigas sufrimos, fue en la trocha que conduce al puerto Tiatí, que databa de los primeros días de la exploración, y en la que por consiguiente las hierbas habían crecido, extendiendo sobre ellas las ramas que al abrirla cortáramos: además, en ella bullían las garrapatas, y mis acompañantes no dejaron de llamarme la atención sobre el ruido que en las hojas secas formaban al marchar aquellas legiones compuestas de millares de animales.

Desde que habíamos llegado al campo de nuestra exploración no recordaba que ninguna jornada me hubiera parecido tan larga; en fin, después de más de dos horas de ansiar vehementemente el descanso, llegamos a la ranchería, donde nuestros amigos nos habían dejado bastantes víveres, dos botellas de vino y algunos huevos. Como era grande mi impaciencia por saber si encontraría en aquel pequeño puerto las dos piraguas que había encargado, corrí hacia el río, y efectivamente allí estaban, en una reducida ensenada que formaba un grupo de rocas salientes. Más satisfechos aún que yo se manifestaron los hombres que me acompañaban, pues el mayor descanso era para ellos; de allí en adelante no tendrían que disputar por cual de ellos llevaría mayor carga y cual había de ser el que llevara menos, y además no habían de manifestarse cansados ni murmurar de las largas jornadas que se veían obligados a hacer. Al poner el pie en las piraguas, los que horas antes juraban, blasfemaban y maldecían. daban gracias a María Santísima con el mayor fervor, mostrándose los más recogidos cristianos, y se manifestaban altamente orgullosos de la rapidez con que ha atravesado el Istmo por una región absolutamente desierta entre las montañas de que tantos prodigios cuentan y en las que, según refieren, hay tantos prodigios.

Inmediatamente después de haber tomado algún descanso partimos, siéndonos sumamente difícil la bajada, pues en aquel tiempo el Tiatí se halla casi seco, siéndonos, por tanto, preciso arrastrar las piraguas, cosa

que también nos costó gran trabajo, porque no teníamos *canaletes*; los pozos se recubren de una espesa costra verde, por cima de la que traza la quilla de la canoa un surco en el que se ven las aguas negruzcas, que despiden un fétido olor. Los caimanes, bastante raros hace un mes, pululan ahora por doquier, y de vez en cuando vemos también algunas tortugas que se arrastran penosamente bajo la cálida atmósfera que allí se respira. La mayor parte de estos quelonios pasan en el agua su existencia; otros viven casi siempre en tierra: la especie de mayor tamaño que allí se cría son los llamados *morocoi*, que alcanzan proporciones gigantescas, casi iguales a las tortugas elefantideas del Madagascar. Estos animales son buscados con gran empeño, a causa de la finura de su carne, que constituye un verdadero manjar; pero sin duda porque están convencidos de que el caldo no será tan bueno antes del sacrificio, les hacen sufrir las más horribles torturas. Primeramente la vuelven sobre su fuerte concha, cargándole encima del pecho grandes astillas de madera que le impidan volver a su natural posición: por grande que fuera la lástima que el animal así atormentado me causara, no podía menos de reirme al ver los esfuerzos y contorsiones que hacía con su cabeza de serpiente y sus patas de rinoceronte. El *morocoi* entre los naturales es la perfecta representación de la pereza; así es que algunos de nuestros conductores gritaban a sus compañeros: "Morocoi, vamos a trabajar," y ellos contestaban: "Imposible: no ves que no tengo ni cabeza ni pies?" Más tarde repetían: "Morocoi, vamos a comer," y entonces decían: "Al momento; he aquí mi cabeza y mis pies".

A pesar de su pereza y de su pesadez, no deja de ser travieso y maligno, como acredita el siguiente cuento. Un día el *morocoi* apostó con el mono una tanda de bananas y una botella de anisado a que subiría más pronto que él a las más altas ramas de un árbol. En pocos saltos el mono se encontró en el punto a que debían llegar según la apuesta, y el *morocoi*, que penosamente se agarraba, procurando vencer las dificultades que se le presentaban, trepó ayudándose de las lianas, hasta el punto en que su compañero se encontraba, y sin hacer caso de las sangrientas burlas que le dirigía, y sin protestar de cosa alguna, se consideró vencido, confesando que tenía que pagar la apuesta; más pasado un rato, díjole si apostaba doble a que bajaba más pronto que él. El mono aceptó sin titubear, y dada la oportuna señal para comenzar, el *morocoi* se lanzó al vacío. Su compañero, aunque con grande agilidad y presteza, comenzó a descender de rama en rama; pero cuando llegó al suelo se encontró con que la tortuga caminaba ya por su pie. El *morocoi* no fué malvado ni se mostó exi-



Conversación con el gran cacique.

Conversación con el gran cacique.

gente; se contentó con hacer una pequeña deducción y demostrar que quitando lo que antes el mono le había ganado, se contentaba con que éste le abonara una tanda de bananas y una botella de anisado, cosa a la que el cuadrumano asintió, teniendo que darse por satisfecho.

Por mal intencionado que pueda parecer, es aun más paciente el morocoi: cuentan que no se sabe cuando ni donde una tortuga de esta especie empleó más de diez años en subir una empinada cuesta, y cuando ya se hallaba muy próxima a la cima tuvo la desgracia de que se desencajara una enorme piedra, a la que con sus patas delanteras se agarraba, y que, rodando desde aquel punto, la arrastrara hasta la base. El morocoi, en vez de desesperarse y desistir de su empeño, comenzó de nuevo la ascensión diciendo: "Esto te ha pasado por querer ir muy de prisa; así es que esta vez pon cuidado y vas más despacio."

Cuando llegamos al Tupisa, las canoas comenzaron a marchar con mayor rapidez. Los ardores del sol, que de nuevo comienzan a experimentarse, se me hacen insoportables, y no puedo acostumbrarme a ellos des-

pués de un mes pasado a la sombra y disfrutando del agradable fresco que en la trocha se experimenta; así es que muy pronto mi cara, mis pies y mis manos estaban quemados. La noche siguiente la pasamos en un islote, por miedo a las garrapatas; pero durante la marcha habíamos recogido tan gran cantidad de ellas, que ninguno de entre nosotros pudo descansar un momento, a pesar de la gran fatiga que nos dominaba.

Al día siguiente partimos al despuntar el alba, y el descenso fue mucho menos rápido que nos lo habíamos figurado. Las aguas son muy poco profundas, y gran número de árboles atravesados, por encima de los cuales algunas semanas antes hubiera podido pasar libremente nuestra piragua, nos interceptan ahora por completo el camino: para orillar esta dificultad nos fue necesario descargar la embarcación y pasarla vacía sobre el tronco, o mejor aun, sumergirla y pasarla así por debajo de los palos.

Allí tuve ocasión de matar una hormiga-oso (*mirmicophaga lamandua*), animal extraño, con su larga quijada afilada, de cabeza estrecha, curiosas orejillas y grosera pelusa, con uñas fuertes y puntiaguda cola.

Por fin llegamos al punto de confluencia del Tupisa y del Chucunaque; una porción de mujeres apenas vestidas, que se ocupaban en pescar, se sumergieron en el agua al vernos llegar, como si hubiera sido una bandada de ranas, llamándonos la atención lo poco que tuvieron presente el riesgo que corrían, dada la abundancia de caimanes que allí había. Los presumidos señores que ocupaban la segunda piragua, que en su mayor parte eran vecinos de la población a que llegábamos, pasaron más de media hora en hacer su tocado, pues no quieren mostrarse a sus conciudadanos sino con sus mejores atavíos, sus zapatos, calzones y camisas nuevas. Como no era cosa de perder el tiempo en aguardarlos, me adelanté, entrando desde luego en Yaviza.

M. Sosa se encuentra aún allí, y M. Lacharme está en Pinogana, habiendo regresado ya de sus operaciones en el río Tuno. M. Pouydessean ha estado a la muerte, y aún lo encuentro bastante mal. M. Sosa comenzó desde luego los preparativos de viaje, pues según me dijo, había alquilado la piragua *Cartagena*, que debía llegar aquella misma noche.

A pesar de la falta de palabra del patrón de la piragua que nos había de conducir, M. Lacharme logró reunirse con nosotros, y abandonamos a Yaviza el 20 por la noche, sin duda por última vez.

En La Palma nuestro buen amigo Gregorio Santamaría, del que tan buenos recuerdos guardábamos, salió a estrecharnos la mano, haciéndonos experimentar su vista una agradable satisfacción: notamos que en el tiem-

po que hacía no le veíamos había envejecido bastante, y sus cabellos estaban aun más blancos.

Nuestra canoa, que desde luego no tiene condiciones para que con comodidad y sin riesgo se pueda efectuar en ella un viaje por río, es de todo punto incapaz para viajar por mar. Sería por demás largo y enojoso que enumeráramos ahora todo lo que sufrimos a causa de la negligencia, fatuidad e ignorancia del patrón: apenas sabía manejar los remos ni mandar a los hombres que a sus órdenes llevaba, por lo que, a pesar de su resistencia, tuve que ordenar que nuestros hombres hicieran la maniobra.

Todo es bueno, si bien acaba: por fin llegamos a Panamá el día 25, sólo algunas horas antes de la partida de M. Wyse y Verbrughe.



Bahía de Acantí (segunda vista)

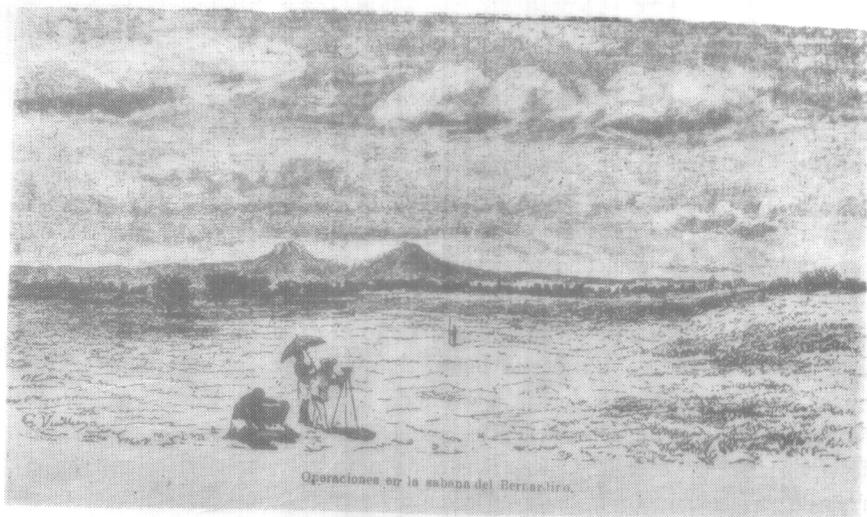
Bahía de Acantí (segunda vista).

XXXIX

Cabalgata fantástica de M. Wyse y M. Verbrugge entre Buenaventura y Bogotá.—Operaciones de M. Sosa en el valle del Caimito.—Incendio de Panamá.

Por el tiempo a que nos venimos refiriendo, nuestro jefe M. Wyse adquirió la convicción de que no podía seguir más tiempo encargado de los estudios del futuro canal interoceánico: no queremos decir con esto que su salud, resentida por el excesivo trabajo que tras tanto tiempo sufría, le obligaran a retirarse de nosotros, sino que por una serie de circunstancias de que hablaremos, era necesaria su presencia en otro punto para que pudiéramos seguir adelante. Durante todo el tiempo que la exploración duraba, aquel hombre infatigable había sido nuestra alma; se había multiplicado, digámoslo así, y nunca, ni ante las dificultades que más insuperables parecían, había titubeado un momento: fijo siempre en el objetivo que allí lo llevara, había perseverado con sin igual constancia y jamás desconfió de que llegara a ser un hecho la apertura de aquel paso, con el que, cruzándose las aguas de dos mares, había de tener lugar una de las obras de más consideración del siglo presente, al par que uno de los beneficios mayores que a la industria y al comercio pueden hacerse. Pero, volvemos a repetirlo, las operaciones practicadas daban lugar a creer que de todo punto era necesario reformar el plan que en un principio se concibiera, y en el que tantas esperanzas se fundaran. Era, pues, necesario de todo punto, como hemos dicho, que M. Wyse partiera para Bogotá, capital de los Estados Unidos de Colombia, en otro tiempo Nueva Granada: allí el principal fin que le llevaba era ver de conseguir una prórroga en los plazos marcados en el contrato que con el Gobierno colombiano se celebrara, muy especialmente en lo que se refería a la constitución de la sociedad definitiva, cosa a la que en modo alguno podía llegarse antes de haber terminado los planos necesarios para la formación de un presupuesto que aproximadamente sirviera para conocer a que suma se elevarían los gastos, y también había de gestionar la supresión de ciertas cláusulas del mencionado contrato, sobre todo aquellas por las cuales nos habíamos obligado a abrir el canal al descubierto en toda su extensión, sin presas y sin tunel alguno. Esta última condición nos era sumamente perjudicial; el trazado por el San Blas o por el Tupisa y el Acantí nos exigía practicar un largo subterráneo, y en el caso posible en que las dificultades políticas o de cualquier otro género nos impidieran seguir un camino paralelo a la

vía férrea de Colón a Panamá, sería necesario, quisiéramos o no, optar por el uno o por el otro de estos proyectos. Al extender y firmar el contrato que tanto nos perjudicaba ahora y cuyas cláusulas tratábamos de reformar, nos habíamos guiado, tal vez obrando con alguna ligereza, por las afirmaciones que hicieran los que antes que nosotros habían recorrido aquellas comarcas. Una vez sobre el terreno, pudimos convencernos del número de dificultades de que aquellas estaban plagadas, y claro es que nuestras miras tuvieron que cambiar, poniéndose en relación con lo que nosotros mismos habíamos observado.



Operaciones en la sabana del Bernardino.

Operaciones en la Sabana de Bernardino.

Por otra parte, no había tiempo que perder, y las circunstancias apremiaban cada vez más; M. Parra, presidente de los Estados Unidos de Colombia, debía, con arreglo a la Constitución política de aquella federación, ser sustituido el 1º de Abril por M. Trujillo, y claro es que, dadas las alteraciones que cada dos años se promueven con esta sustitución en todas las esferas gubernamentales, y los cambios que en las esferas gubernamentales, y los cambios que en la administración se dan como consecuencia forzosa y legítima, habían de dar lugar a que el nuevo Gobierno tuviera muchos asuntos de que ocuparse y muchas necesidades en que fijar su atención antes que ocuparse de lo que al canal se refería. Además, las modi-

ficaciones que urgía llevar a cabo en el contrato de concesión no podían ser hechas sino por medio de una ley, y las nuevas cláusulas, una vez aprobadas por el ministerio, tenían que ser discutidas en tres lecturas en la Cámara de diputados y en el Senado, y además estábamos convencidos de que no serían votadas sin un buen número de enmiendas más o menos extensamente discutidas. Esta forzosa tramitación del asunto que tanto nos interesaba, era necesario que se practicara en el más breve plazo posible, a fin de que las subsiguientes cuestiones que más tarde habían de ocupar a las Cámaras no fueran causa de dilaciones sin cuento.

Además, el referido proyecto tendría que pasar muchas veces de una Cámara a la otra, antes que pudieran formar juicio del asunto de que se trataba, y después ser presentado en dos sesiones en cada una de las Cámaras, todo lo cual exigía mucho tiempo, y el Congreso debía prorrogar sus sesiones sólo dos meses después de la subida al poder de M. Trujillo.

Considerado con suma detención todo lo que dejamos expuesto, se comprende claramente que no podía dejar de partir M. Wyse. Para llegar a Bogotá siguiendo el camino ordinario, era necesario emplear más de treinta días, espacio de tiempo que muchos creerán exagerado, dado lo que los adelantos de la sociedad moderna ha acertado las distancias, gracias a lo cual pueden contarse por millares las leguas que en tantos días pueden ser recorridas: pero en aquella época del año el gran río la Magdalena está casi seco, hallándose un cauce convertido en una inmensa ciénaga, en cuyos bancos se ve uno detenido y donde a cada paso tropiézase con los troncos derribados, constituyendo esto una incalculable serie de peligros, en los que muchas veces hay gran riesgo de perder la vida, y son necesarias más de tres semanas para subir desde La Barranquilla, puerto marítimo de Magdalena, a Honda, puerto de río que es punto de la escala hasta Bogotá. Cualquiera otro hombre, considerando la serie de circunstancias que en contra de su proyecto tenía, hubiera renunciado a dar por terminada su exploración en aquel año, prefiriendo aplazarla para el siguiente, en que sabiendo desde luego lo que tenía que hacer, hubiera podido comenzar por donde debía, orillando las dificultades que se le presentaran con mucha más facilidad, pero M. Wyse estaba seguro de su energía, tenía, con sobrada razón, gran confianza en sus fuerzas, y no desistió ni titubeó un momento acerca de lo que debía hacer.

Acompañado del intrépido Luis Verbrughe, realizó los preparativos necesarios, que fueron muy breves, y poniéndose en marcha, se trasladó por mar a Buenaventura, situado en la costa del Pacífico, y desde allí siguieron hasta Bogotá, teniendo que andar a caballo más de ochocientos

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE DE ENERO A DICIEMBRE DE 1957

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero 6	1974	8992	2291	3279
Enero 13	1975	5329	4167	7077
Enero 20	1976	1617	2492	2312
Enero 27	1977	3528	6895	3649
Febrero 3	1978	5726	3631	1395
Febrero 10	1979	0158	0632	5085
Febrero 17	1980	8061	3245	0908
Febrero 24	1981	0141	2249	6692
Marzo 3	1982	1357	8743	8184
Marzo 10	1983	8085	8265	3893
Marzo 17	1984	5385	4992	1440
Marzo 24	1985	4082	0921	5987
Marzo 31	1986	6479	1561	3782
Abril 7	1987	6217	0443	2300
Abril 14	1988	1196	5993	4638
Abril 21	1989	6175	1516	2464
Abril 28	1990	9646	5746	3714
Mayo 5	1991	2384	1579	6262
Mayo 12	1992	2134	8109	5945
Mayo 19	1993	5220	9479	2126
Mayo 26	1994	1216	9460	1040
Junio 2	1995	6006	8343	3748
Junio 9	1996	0046	9028	5618
Junio 16	1997	6511	9674	8015
Junio 23	1998	0296	3863	5085
Junio 30	1999	0990	8203	6137
Julio 7 (Ext.	2000	1153	2098	4084
Julio 14	2001	3324	5154	0431
Julio 21	2002	9360	5565	8087
Julio 28	2003	8192	8814	8949
Agosto 4	2004	9340	0946	0487
Agosto 11	2005	9390	8009	5974
Agosto 18	2006	6737	3224	9980
Agosto 25	2007	2321	2700	0286
Septiembre 1º	2008	8302	9090	0655
Septiembre 8	2009	5901	0805	7573
Septiembre 15	2010	6115	4419	6338
Septiembre 22	2011	6694	3507	1325
Septiembre 29	2012	8516	7619	3810
Octubre 6	2013	3765	0127	8361
Octubre 13	2014	1366	4790	2317
Octubre 20	2015	7032	3292	1970
Octubre 27	2016	4351	8671	9962
Noviembre 3	2017	6768	6787	2908
Noviembre 10	2018	2756	3752	4418
Noviembre 17	2019	3133	6086	8294
Noviembre 24	2020	2822	4673	4205
Diciembre 1º	2021	2897	4324	0402
Diciembre 8	2022	4081	9446	4357
Diciembre 15	2023	9110	6018	5323
Diciembre 22	2024	1296	6386	7284
Diciembre 29	2025	9846	4961	8067

Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia

PRINCIPALES

SEÑORA DOÑA
CECILIA P. VDA. DE REMON
*Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.*

SEÑORA DOÑA
MERCEDES G. DE DE LA GUARDIA
*Presidenta de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON RAUL ARANGO N.
*Comandante Primer Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON HENRIQUE OBARRIO
*Gerente General del Banco
Nacional.*

DR. VÍCTOR M. PAREJA
*Director Médico del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON GUSTAVO TRIUS
*Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE MARINO MORLIN
*Director de la Escuela
"Don Bosco".*

SR. DON PABLO A. PINEL M.
Secretario de la Directiva.

SUPLENTES

SR. DON GAVINO SIERRA G.
*Vice-Ministro del Ministerio de
Trabajo, Previsión Social
y Salud Pública.*

SRTA. GRACIELA REMON
*Secretaria de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON LUIS CARLOS ENDARA
*Comandante Segundo Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON EUGENIO BARRERA
Gerente del Banco Nacional.

SR. DON FEDERICO HUMBERT
*Vice-Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE CONSEJERO
JUAN D'ANDREA
*Prefecto de la Escuela
"Don Bosco".*